

Capítulo V

LAS ISLAS EN LA BAHIA DE PANAMA

Las tres pequeñas islas, Perico, Flamenco y Naos, que forman entre sí la Bahía de Panamá, tiene ya ahora un inestimable valor para la ciudad y lo tendrán aún mayor en un futuro cercano, cuando probablemente tengan como función formar la defensa de la boca del canal interoceánico contra el océano. Les conservo un recuerdo muy agradecido porque allí pasé algunos de los días más agradables de mi estadía en Panamá.

El ingeniero Rothe, en su calidad de jefe de los trabajos hidrográficos del canal, disponía de una pieza muy pequeña, pero muy ventilada, con veranda, en el último piso del observatorio meteorológico de la Isla de Naos. Me la prestó con mucha liberalidad y allí tuve una habitación muy bien colocada, central, para mis investigaciones y dragados del fondo del mar en las regiones interiores de la Bahía de Panamá. En esa ciudad había conseguido comprar un suntuoso bote ballenero, de un viejo cazador de ballenas, que había tenido la mala suerte de darse vuelta bajo un fuerte tornado, en el medio de la Bahía de Panamá y quedar allí varado. Como tripulación tenía dos marineros colombianos y mi asistentes sueco Boström, por lo cual estaba bien equipado para expediciones aún más lejanas.

Antes de pasar al relato de mi viaje más lejano por mar al Archipiélago de Las Perlas, diré algunas palabras del grupo de Naos (Fig. 11) y del

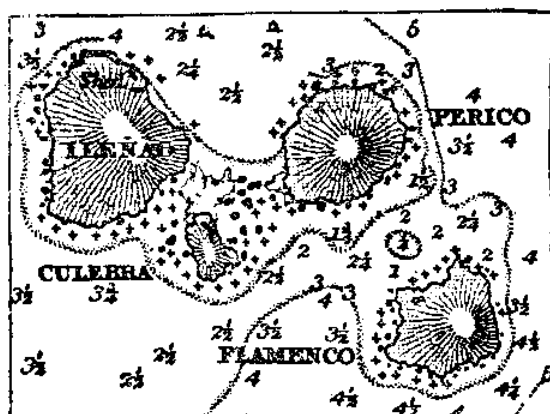


Fig. 11. — El Archipiélago de Naos.

huerto frutal de Panamá, la famosa Isla Taboga, célebre desde hace siglos por su clima saludable.

Naos ha recibido probablemente ese nombre, que significa navío, por su forma alargada. Carece la isla de vegetación de árboles en sus extremidades, lo que es poco común en estas regiones; sólo en la cima está cubierta de arbustos escasos, nudosos y batidos por el viento. La parte Este de la costa hacia Perico y Flamenco está ocupada por los talleres de reparación y las bodegas de la compañía norteamericana "Pacific Mail Steam Co.", el cabo Norte por la estación de observación de la compañía del canal (Fig. 12). Esta tiene un "mareógrafo" para medir el flujo y reflujo de las mareas y de barómetros y termómetros automáticos, colocados en el pequeño edificio en forma de torre, que al mismo tiempo sirve de vivienda para el observador. Además hay un gran "anemómetro", de acuerdo con las exigencias más recientes de la ciencia, en el punto más alto de la isla y un pluviómetro en un lugar libre y abierto.



Fig. 12. — Estación meteorológica en Naos.

Cerca de Naos se encuentra una pequeña isla, baja, rica en vegetación, llamada Culebra. La unión entre las dos, por tierra, existe sólo en marea baja. La diferencia entre las dos, por tierra, existe sólo en marea baja. La diferencia entre el flujo y el reflujo es como ya he dicho de seis metros, treinta centímetros.

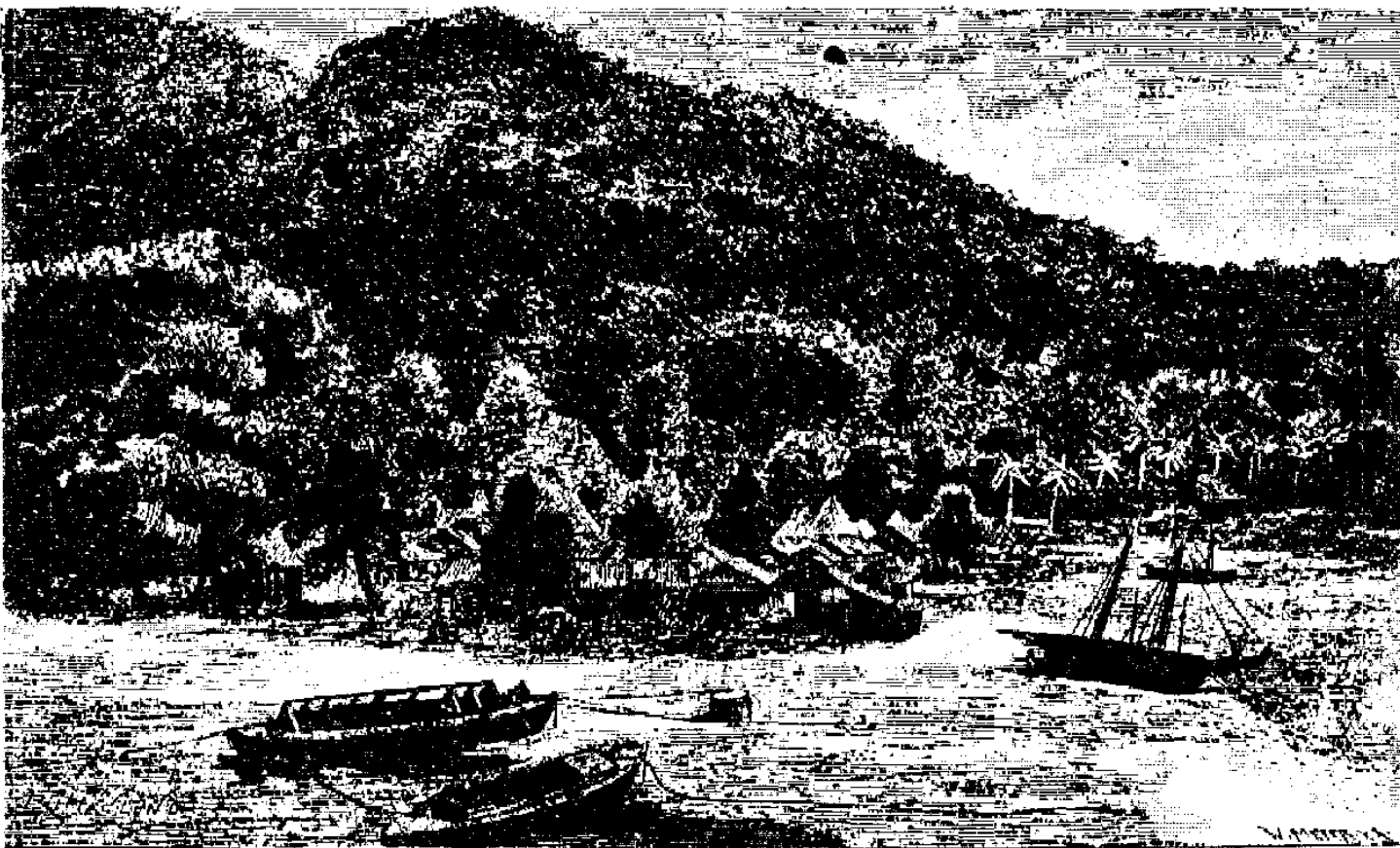


Fig. 13. --- Isla Taboga.

Perico y Flamenco, los dos conos simétricos que suben lentamente cubiertos de bosques desde la playa hasta la cima, están deshabitadas, y debido a la marejada, es verdaderamente difícil echar pie a tierra en ellas. En el futuro, con el aumento del tráfico, vendrán naturalmente a ser tomadas en cuenta para toda clase de edificios.

El grupo de Taboga se encuentra a 11 ó 12 kilómetros al Sur de Naos y ofrece, incluso para grandes navíos, un muy buen puerto. Temprano en la mañana dejamos Naos y navegamos rumbo a Taboga. En una gran parte del camino debimos, sin embargo, utilizar los remos, porque el viento cayó completamente, algo que sucede muy a menudo en la Bahía de Panamá, lo que hace que esta bella bahía sea una de las que requieren más paciencia de parte de un navegante. Hay muchos ejemplos de navíos de vela que necesitan 2 y 3 semanas para recorrer la pequeña distancia desde la entrada de la bahía hasta Panamá.

Vista del Norte se muestra Taboga como una cadena de montañas de conos simétricos, del Este toma la forma de una isla larga, en forma de media luna, con una cantidad de cimas de montañas, las más altas sin bosque, pero ahora, gracias a las lluvias, cubiertas de un pasto lozano de color verde-claro. La parte Sur de la isla está separada de la parte Norte por un profundo valle y por dos ensenadas que casi se unen. Las cimas más altas se encuentran en la parte Norte de la isla y son en general las de vegetación más abundante.

Navegamos a lo largo de un islote pequeño, de forma ovalada, situado muy cerca de la extremidad Noroeste de la isla y unido a ella por un banco de arena seco en marea baja. Este islote pertenece a la "Pacific Steam Navigation Company"; allí se encuentran muelles o malecones que avanzan un largo trecho en el mar y sirven a los vapores; un buen dique seco, bodegas y talleres y en lo más alto, en la cima, una casa bien aireada y bella donde vive el gerente. Frente al islote se encuentra la pequeña y bonita ciudad de Taboga, un conjunto de 100 a 150 casas, desparramadas a lo largo de la playa y finalmente un ancho valle, bien cultivado (Fig. 13). Echamos ancla en la bahía profundamente cortada del N.O., que casi divide la parte Sur de la parte Norte de la isla. Aquí había árboles, malezas y suelo en los más bellos tonos del verde. Se les podría haber llamado color verde de primavera. En la sombra de un viejo bosquecillo de mangos, tan denso que ni un sólo rayo de sol podía llegar al suelo, hicimos el campamento y nos instalamos. El placer que nos procuraba el lugar se incrementaba considerablemente por una fuente de agua enteramente clara. Pero no hay rosas sin espinas. El bosquecillo era el único punto de pasada entre las mitades Norte y Sur de la isla. Nos encontramos por eso molestados por visitas, amistosas e interesadas, pero tan molestas, que después de dos días de campamento sin otra protección que el techo de mangos, debimos levantarlo y escoger otro lugar más aislado.

La carpa se colocó ahora encima de un montículo más cerca de la playa, ciertamente no tan boscoso como había sido el lugar de nuestro campa-

mento anterior, pero donde en cambio soplab a una brisa marina a veces mucho más fresca. Al pie de nuestro campamento corría un riachuelo que ahora tenía una modesta corriente, porque las lluvias no habían podido todavía darle suficiente agua. Un poco más lejos corría, de una vertiente de la montaña, una fuente de agua cristalina. Los alrededores de la carpa eran un verdadero huerto o más bien un plantío de árboles frutales, tal, que allí no se preocupaba nadie en hacer avenidas o plantar árboles en hilera. Aquí se encontraban en completo desorden, a veces apretados los unos contra los otros en espesos matorrales, a veces separados por pequeños plantíos de piñas, a veces por un viejo respetable palo de mango, empujando a todos los otros de lado y protegiendo con su ancho follaje pequeños arbustos y flores de los excesos del sol y de la lluvia.

Para conocer mejor el valle que parte en dos la Isla de Taboga, seguí el pequeño río corriente arriba. El valle, al principio de 400 a 500 metros de ancho, pronto se vuelve estrecho, el terreno sube lentamente, pero continúa siendo un magnífico huerto de bellas y espléndidas vistas muy variadas. Los paredones que lo limitan son a veces cortados a pique, a veces lentamente inclinados, a veces cubiertos de vegetación joven, a veces desnudos, a veces verdaderas plantaciones de piñas que se prolongan un buen trecho contra el filo de la montaña, a veces tan empinadas que ciertamente debe ser muy difícil cortar las piñas.

Después de haber vagado más de un kilómetro arriba del valle, llegué al punto más alto y por lo tanto a la fuente del riachuelo. Un poco más lejos tomé una quebrada en dirección opuesta, yendo a caer en la bahía que penetra por el S.O. Seguí su lecho hasta el mar por un camino empinado de bajada, salvaje y difícil, pero de no más de un kilómetro.

Para investigar el interior del Sur de la isla subí una cima empinada de 120 a 150 metros de altura; a 70 u 80 metros la vegetación de árboles termina, probablemente a consecuencia de las quemas. Una vez destruida, la vegetación tiene dificultad para crecer de nuevo, mientras la lluvia erosiona la mayor parte de la tierra y la brisa marina barre sin piedad las cimas de las montañas. Sólo pasto crece aquí. El interior del Sur de Taboga está ocupado por la montaña, que a diferencia de la parte Norte de la isla donde está alineada en una cadena a lo largo de la isla, es aquí un nudo de cimas con prolongaciones por todos lados, salvo al N.O. La cima más alta se encuentra aproximadamente en el medio. Hacia el Norte y hacia el Este las cimas son bastante desnudas, pero hacia el Sur la vegetación es rica y los árboles numerosos. La extremidad Sur de la isla tiene una vegetación rica, es bastante baja y está bien cultivada; aquí se encuentran algunos ranchos y casas. Del lado Oeste, por aquí y por allá, se ven chozas en los flancos de la montaña o más bien cobertizos, que no son viviendas, sino que se les levanta para protegerse de la lluvia y del sol durante la cosecha de piñas.

Los propietarios de las plantaciones de piñas y de los bosques de mangos viven casi todos en el pueblo o en los villorrios, y de allí van cada día

a recoger su fruta, que se manda a Panamá por mar o se consume localmente; las distancias no son muy grandes y bien se puede hacer así. El propietario del lugar donde pusimos nuestro campamento, nos consideró sus huéspedes y un día vino a visitarnos con toda una carretonada de mangos, aguacates, piñas, marañones, guavas, papayas y no se le pudo forzar a que recibiera algún pago de nosotros. Taboga es llamada la huerta de Panamá y con toda razón, porque todos los días salen muchos botes cargados de diferentes especies de frutas para la ciudad y sin embargo apenas se recoge una parte de lo que produce la fértil isla.

La investigación de la configuración de la parte Norte de la isla fue más difícil que la excursión en la mitad Sur. Comencé temprano en la mañana. La salida del sol fue maravillosa. Había llovido fuertemente durante la noche precedente. Nubes espesas rojas y azules todavía se veían en el Oeste, cuando el sol salió a través de ellas produjo una escala de colores cálidos y profundos y la inmensa bahía con sus montañas costeras de variadas formas y sus islas como perlas, brilló aquí en rojo-sangre, allá en violeta.

Al comienzo seguí el Río Pinos por su orilla hasta el pie de la cima más cercana, que formaba la pared Norte de nuestro valle. El pie de la montaña y la cresta misma estaban cubiertas por bosques, el costado intermedio cortado a pique de la montaña estaba ocupado por plantíos de piñas. Cuando subí hasta la cresta, tuve que abrirme paso con mi machete a través del bosque en diferentes direcciones, antes de poder encontrar la conexión de la cima con el cuerpo principal de la isla. Parecía que por todas partes el cuerpo Norte de la montaña bajaba perpendicularmente hacia abajo y comencé a temer que me vería obligado a bajar montaña abajo por una estrecha y profunda quebrada, para tener después que escalar la pared empinada del otro lado, cuando descubrí un ramal de apenas 4 metros de ancho, por el cual se podía cómodamente pasar. Era ésta una de las formaciones de montaña más extrañas que yo haya visto: las dos profundas quebradas, la una dirigida hacia el N.E., la otra hacia el S.O., estaban divididas por un paredón de más de 150 metros de alto, de apenas 25 metros de ancho en su base y de unos 4 arriba, que de esta manera unía las dos masas montañosas Sur y Norte de Taboga. Repetidamente la base de este paredón se continuaba insensiblemente con la parte Norte, pero el vértice mismo tenía apenas unos metros de ancho y era enteramente plano.

Cuando por este camino llegué a la montaña principal, se alzó ante mí un alto macizo de montaña, que hacia el Este se ensanchaba en una altiplanicie cubierta de bosques. Cuando hube subido esta meseta se abrió ante mí una vista sobre las cimas más altas de la isla: el Cerro del Padre y el Cerro de la Madre. El suelo estaba cubierto por todas partes por pasto lozano, de unos dos metros de alto. La piedra misma de la montaña no sale por ninguna parte a la luz del día, sino que está escondida por una espesa capa de arena y de mantillo: pedazos de roca sueltos estaban esparcidos por aquí y por allá y mostraban que la montaña era de pórfido y de granito de grano grueso.

De la cima más alta o Cerro del Padre se tiene una vista libre sobre toda la configuración montañosa de la isla. La parte Norte está ocupada por una cadena de montañas, con la división de las aguas bastante más cerca de la costa Oeste que de la costa Este. Esto hace que la costa Este sea escarpada e inaccesible; hacia el Oeste, por el contrario proyecta la cadena de montañas varios ramales que forman terrazas al bajar hacia el mar.

El valle más grande está ocupado por el pequeño pueblo o villorrio. Las casas son en su mayoría de madera con grandes verandas, en estilo de casas de campo españolas, colocadas ordenadamente en forma de anfiteatro alrededor de la venerable iglesia de piedra, que es baja y sólida, aunque bastante grande y adornada con una bella torre en el costado derecho de la fachada. Alrededor de la iglesia hay un muro de piedra con una alta cruz en un rincón. Las calles son anchas, a menudo bajo la sombra de árboles y acogedores huertos rodean muchas de las casas. La ciudad da una impresión agradable y serena y cuando es sabido además que el clima es especialmente saludable y benéfico, para los convalecientes, cabe asombrarse que los habitantes de Panamá, tan a menudo víctimas de fiebres y otras enfermedades, no se apuren en venir a gozar de este magnífico sanatorio, que la naturaleza benévola ha colocado en su vecindad inmediata. En sus anchas terrazas en la montaña hay buen espacio para una cantidad de aireadas quintas y hoteles y en el futuro la isla se volverá seguramente la Isla Madera de estas regiones.

La flora de Taboga es particularmente rica en productos útiles y sabrosos para su población y su suelo es particularmente fértil, incluso para estas regiones. La fauna, al contrario, es pobre. Es difícil comprender la ausencia casi completa de pájaros, ya que se encuentra acceso tan abundante a frutas y agua dulce. La fauna de pájaros es pobre no sólo en especies, sino también en animales. Pude observar en total unas 16 especies. Los batracios están representados por 5 especies, pero hay, al contrario, un gran número de animales, en particular una rana arbícola bella, manchada de rojo. Las culebras son sumamente raras, pero hay muchas lagartijas. Los insectos muestran varias especies de bellas mariposas diurnas y son, por lo demás, el grupo de animales más representado. Los moluscos de tierra son sumamente raros. Por lo que se refiere a la fauna marítima, la costa de Taboga es más pobre aún que las islas más lejanas del Archipiélago de Perlas.

Un día tuvimos la visita de no menos 11 jóvenes damas del pueblo, conducidas en convoy por algunos caballeros. Venían a pasar el día en el bello valle que les habíamos usurpado y a bañarse en la bahía. Las atendimos con café y galletas y estas últimas tuvieron particular aprobación, de manera que nuestra provisión amenazó quedar terminada. Aún más amenazada pareció ser mi provisión de medicinas, ya anteriormente abundantemente usada por los habitantes de la isla, a pesar que eran las personas más saludables que se podían ver.

Después del baño, durante el cual no se tomó la menor nota de nuestra presencia, tuvimos de nuevo un convite de café y en la mañana siguiente

vinieron nuestros agradecidos huéspedes y pacientes con un rico presente de frutas, legumbres, pescado y huevos, de manera que ya no tuvimos que temer morirnos de hambre.

Después de haber pasado algunos días investigando en las deshabitadas islas vecinas de Taboga, Taboguilla y Urava, aunque de rica vegetación y en parte cultivadas, dejamos la Isla de Taboga con alguna pena, lo mismo que sus habitantes amistosos y alegres y regresamos a Panamá. (Fig. 14).

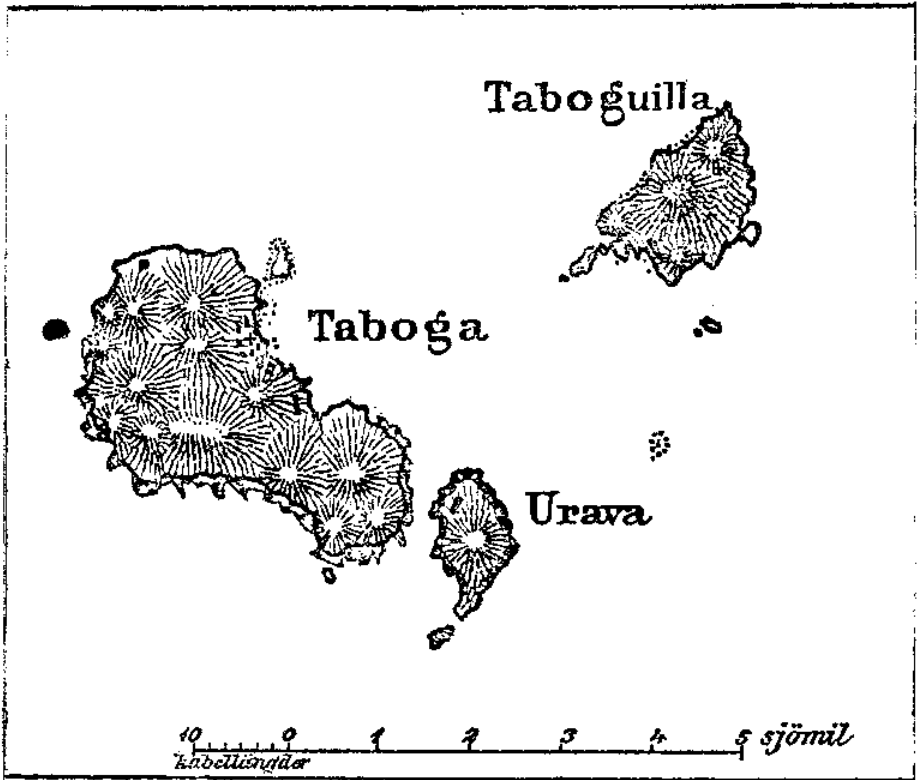


Fig. 14. — Islas Taboga, Taboguilla y Arawa.

Cuando desembarqué fui testigo de un espectáculo nada edificante. Se encontraba allí un pequeño barco costero, un bote de dos mástiles y se le estaba cargando con bueyes. La carga se hacía de la manera siguiente: se empujaban los bueyes al agua y llegaban nadando al borde del bote, allí se les pasaba la extremidad de una cuerda por los cuernos, la que se metía en un gancho desde el mástil, después de lo cual se levantaba en el aire a la pobre bestia y el cuello parecía entonces ser del doble de largo, debido al peso del cuerpo. Pero eso no era lo peor: se amarró una cuerda en la cola y con ésta se levantó la parte posterior del cuerpo fuera del agua y encima de la borda, cuando la cabeza y el cuerpo habían sido elevados

bastante altos. De esta manera se cargaron seis bueyes en el estrecho bote de manera tan apretada que no podían mover ni las orejas. Y después de esto sus lomos habían de servir de cubierta!

Me dilaté más de una semana en Panamá, ocupado en mis preparativos del planeado viaje a las Islas de Perlas, situadas lejos afuera de la bahía. Ya en Suecia me habían atraído mucho, en parte por lo que de ellas había leído en los viejos cronistas hispanoamericanos, en parte porque ningún zoólogo las había aún convertido en el terreno de sus estudios.

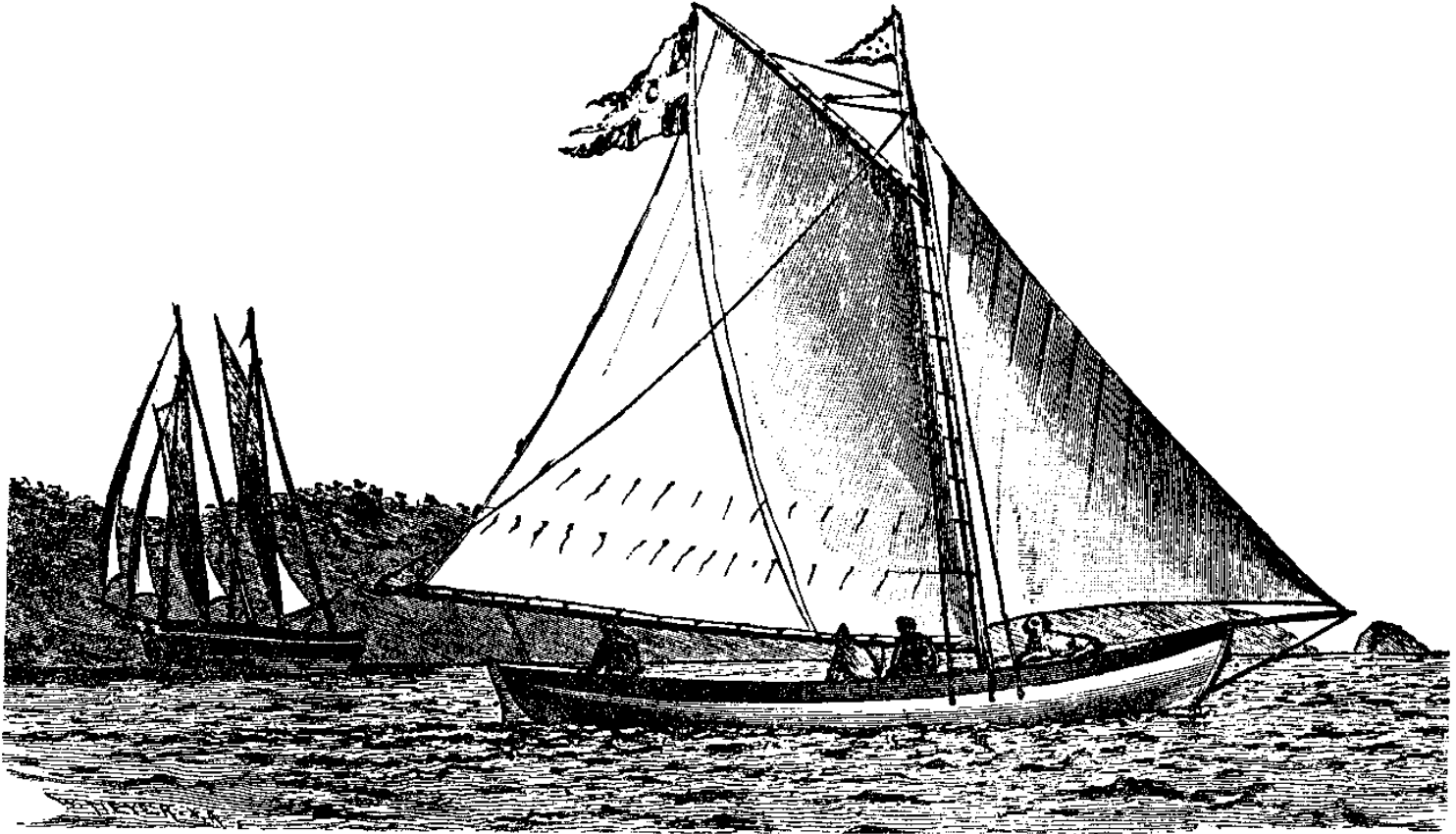


Fig. 15. — El Byigia.

— 52 —

Capítulo VI

EL ARCHIPIELAGO DE PERLAS

PACHECA, VIVEROS

Después de haber aparejado y equipado mi buen bote ballenero, el "Bylgia" (Fig. 15), para un viaje más lejano, tomé a bordo tantos instrumentos, material para hacer colecciones naturales y víveres como el bote podía recibir y una tarde de domingo dejé Panamá bajo el concierto animado, pero poco armonioso, de las campanas de las nueve iglesias de la ciudad más utilizables. Mi tripulación se componía de dos marineros colombianos, José y Manuel, de Boström y mi fiel compañero desde el comienzo del viaje, Nerón, mi perro San Bernardo. Meta de nuestro viaje era el Archipiélago de Perlas, entre cuyas islas e isletas pensaba hacer una buena colección zoológica.

Las Islas de Perlas (Fig. 16), son las que tienen mayor número de islas, entre los pocos grupos de islas en la costa del Pacífico de América; se componen de 16 islas grandes y de casi cien islotes e isletas. La distancia de Panamá es de unos 60 kilómetros, pero con cielo claro se puede distinguir desde Las Bóvedas las cimas de la isla más grande, San Miguel o la antigua Isla del Rey.

Inmediatamente después de la caída del sol, pudimos ser testigos de un fenómeno que solamente he visto en el Pacífico en la costa de América, *la luz zodiacal*; un cono de rayos de luces, de color amarillo pálido proyectado en forma densa encima del horizonte que a veces brillaba con más o menos intensidad, a veces desaparecía por algunos minutos. El fenómeno duró más de un cuarto de hora. En el intervalo se había levantado en el horizonte un muro de nubes de poca altura. Por lo demás, la bóveda celeste estaba enteramente clara y tachonada de estrellas intensamente brillantes. En el borde superior de este muro de nubes comenzó entonces un magnífico juego: prolongados relámpagos rojo-amarillos largos, en forma de zig-zag, brillaban uno tras otro, como dándose caza, a veces seguidos de retumbos sordos, a veces silenciosos. Así relampagueó alrededor del horizonte Sudoeste durante más de media hora. No soplabla ninguna brisa: de repente todo terminó, como de un solo golpe. Este juego tuve la oportunidad de observarlo más tarde varias veces y casi de la misma

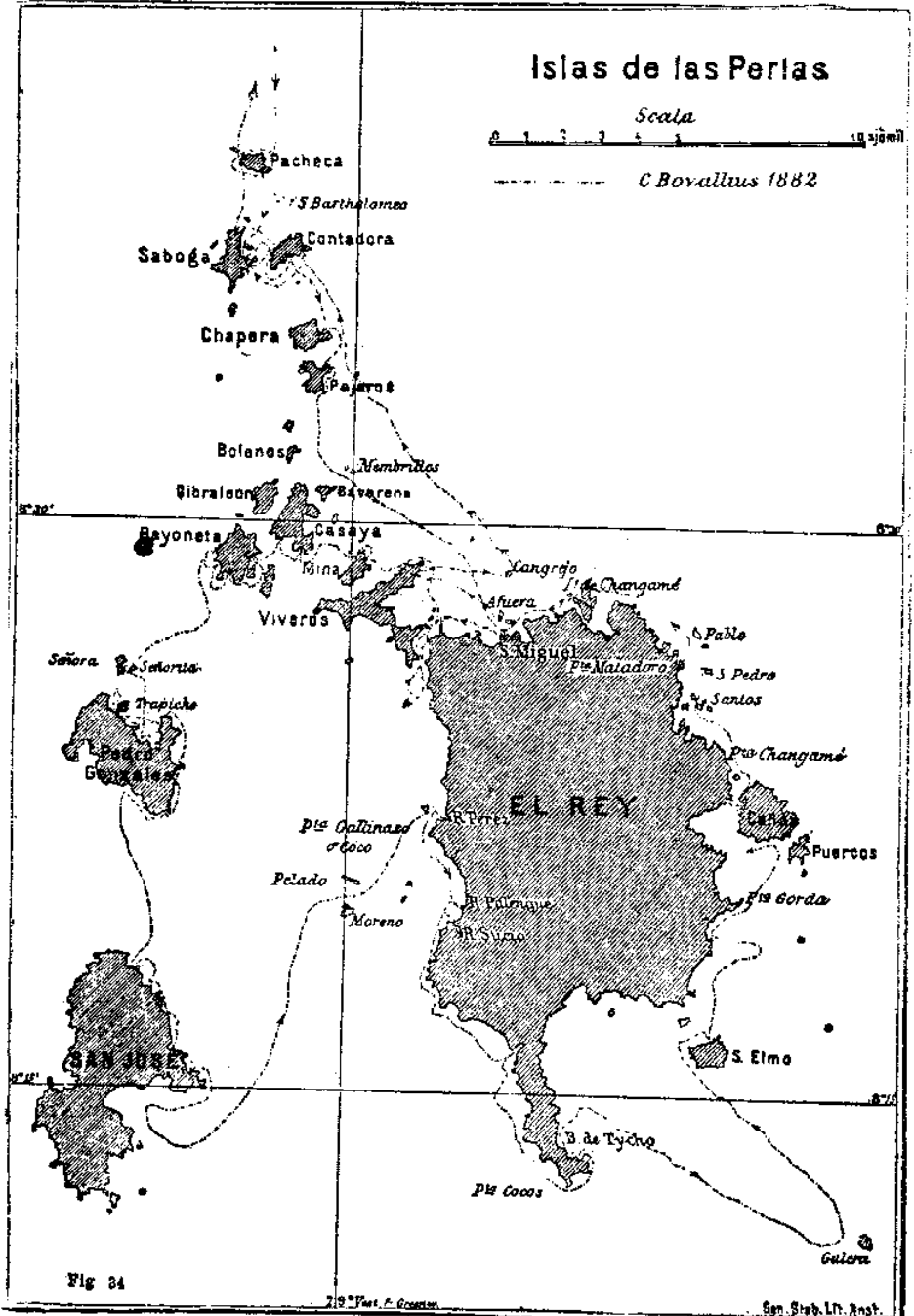


Fig. 16. — Islas de las Perlas.

manera durante mis viajes a vela en la Bahía de Panamá y en el Océano Pacífico.

Nos encontrábamos ahora frente a la pequeña isla Chepillo, frente a las bocas de los ríos Bayano y Chepo. Como el viento había completamente amainado y la marea que subía había creado una fuerte corriente contraria, ya que se dirigía subiendo a lo largo de los ríos, decidí echar ancla allí durante la noche. Arrié del mástil la orgullosa bandera de la Sociedad Sueca de Navegación a Vela, que ahí flameaba con su correspondiente autorización y bajé las velas. Seguramente estábamos a más de 15 kilómetros de la tierra más cercana, pero no tuvimos ninguna dificultad para encontrar fondo para el ancla, porque la Bahía de Panamá, especialmente en sus partes Norte y Este, es poco honda. Teníamos aquí cinco brazas de agua. El bote estaba pesadamente cargado y la carga tan mal estibada que pasamos una muy mala noche y en la mañana nos encontramos todos empapados por el fuerte sereno, ya que no habíamos podido instalar la carpa.

Mucho antes del alba levamos ancla y aprovechamos un fuerte viento de tierra para lanzarnos adelante encima de las sombrías olas. Justo a la salida del sol pasamos cerca de Chepillo y nos encontramos con grandes bandadas de brillantes garzas blancas y de gaviotas color café oscuro, que pronto se nos acercaron demasiado y que sólo después de un balazo aprendieron a respetarnos.

Muy pronto comenzaron a aparecer encima de las olas las islas más al Norte de las de Perlas y primero y más alta la isla Pacheca, que forma un acantilado imponente de 40 a 50 metros de alto.

Cuando nos acercamos a la isla nos salieron al encuentro espesas bandadas de pájaros, corvejones, gaviotas y grandes pelicanos grises oscuros. Todos dieron muestras inmediatas de su desagrado por nuestra invasión de su territorio. Navegamos alrededor de la isla y encontramos en su lado Este una casa construida de manera bastante cuidadosa, la única en la isla y en ese momento deshabitada. Echamos ancla en una pequeña ensenada y preparamos un campamento para pasar dos días en la isla.

El campamento se levantaba sobre una estrecha banda de playa. Inmediatamente encima se levantaba el interior de la isla hasta una meseta de 30 a 40 metros de alto, que ascendía lentamente hacia el Norte; hacia el Este y el Sur bajaba lentamente hacia el mar, al Oeste se levantaba empinada, pero dejaba una estrecha banda de playa, hacia el Norte caía en precipicio en el mar. Toda esta planicie estaba cubierta por un bosque ralo y había una vida especialmente rica en pájaros entre los árboles, casi sin hojas después de una larga sequía.

El vívido cuadro hacía una impresión singular, porque todos los huéspedes del bosque pertenecían a la clase de pájaros acuáticos: pelicanos, corvejones, garzas y gaviotas. Todos se encontraban en tierra a nuestro alrededor o en las ramas de los árboles, y casi no había árbol que no tuviese

varios nidos. El suelo y las ramas de los árboles estaban como encalados por sus excrementos. En el medio tenían sus nidos los corvejones (*Carbo Virginianus*), hacia el Norte las gaviotas, y en los árboles más lejanos, al Norte de la meseta, los grandes torpes pelicanos (*Pelecanus Cinereus*). Tan pronto como uno de éstos se paraba en un árbol, donde antes los corvejones se habían instalado, éstos se movían de lado con la mayor humildad y se hacían tan chicos como les era posible; pero si venía alguna gaviota al momento era expulsada con graznidos ensordecedores por los corvejones, que agitaban sus alas. No eran verdaderamente elegantes estos grandes pájaros acuáticos, que con sus alas medio abiertas, colgantes, vagaban entre las angostas ramas de los árboles.

Los corvejones estaban afanosamente ocupados en construir sus viviendas con hojas secas y ramas. Un corvejón trataba apuradamente de arrancar una ramita. Si no lo conseguía picaba en la corteza y se tiraba abajo, colgándose con todo su peso, con lo cual se arrancaba la ramita y el corvejón volaba triunfalmente, llevándola en el pico. Los nidos de los pelicanos eran relativamente pequeños y cuando la hembra y dos crías casi adultas se encontraban en el nido, tenían que apretarse los unos contra los otros. Hacían un inmenso bullicio, chillando, peleándose y cerrando ruidosamente sus largas mandíbulas. Las crías yacían a menudo con el pico abierto, las mandíbulas en ángulo, con más de metro y medio entre las puntas del pico y esperaban con su saco extendido que la madre, de su reserva rellena, les diera uno que otro pescado. Allí comenzaba la pelea entre ellos por los mejores pescados, con el resultado, a menudo, que el pescado caía al suelo y era inmediatamente recogido por una despierta gaviota y con sus vacíos buches los pelicanos se metían en el nido y de nuevo hacían ruido con sus mandíbulas.

La Isla Pacheca era una verdadera isla de pájaros. Se le cuenta entre las 16 más grandes de las Islas de Perlas, pero es la más chica entre éstas, tiene apenas 1.7 Kms. de largo y 0.9 Kms. de ancho.

Dejamos la Isla Pacheca con un rico botín de pájaros conservados y navegamos, atraídos por el nombre, hacia el pequeño islote de San Bartolomé. Allí no encontramos ningún buen puerto y como el islote parecía tener poco que ofrecernos, pusimos el rumbo hacia la Isla Sagoba y echamos ancla en una bella bahía rodeada por un bosque en la costa Este de esta isla.

Encima de una colina, a la que se sube de la playa Sur de la bahía, se encuentra el pequeño pueblo o villorrio, compuesto de una treintena de chozas de palmas, con altos techos puntiagudos, cubiertos de hojas de palmera; en lo alto de la colina está la pequeña y sencilla, pero masiva iglesia, hecha de adobe (mezcla de arcilla y de paja) y con techo de hojas de palmera; a una pequeña distancia se levanta un montón de piedras, y sobre él una gran cruz, que originalmente estaba encima de la nave de iglesia, pero que el viento derribó y que entonces fue colocada en este lugar más seguro.

Escogimos una pequeña altura bien plantada de árboles, cerca del mar, como lugar para nuestro campamento, llevamos allí nuestro equipo de cocina y mantas y otras cosas y en un abrir y cerrar de ojos nos encontramos rodeados de casi todos los habitantes del pueblo, hombres, mujeres y niños. Con una incansable curiosidad comenzaron a examinarnos, nuestras armas, nuestros trajes e instrumentos, pero lo que despertó más su curiosidad fue Nerón, el que unánimemente fue declarado "un león manso". Su aspecto hacía ver que eran de sangre negra, aunque también con alguna mezcla de indio; algunos de ellos eran sin duda alguna negros puros. Descienden seguramente de los negros esclavos traídos a Panamá en el siglo XVI, porque en todas las narraciones antiguas sobre estas regiones, se dice donde se cita a las Islas de Perlas, que sus habitantes son negros y no indios. Por lo tanto es creíble que los habitantes indios de las Islas de Perlas fueron muy pronto exterminados, llevados como esclavos a las minas o de otra manera alejados y que fueron reemplazados por esclavos negros, que se mantuvieron allí principalmente para la pesca de perlas o para cuidar las plantaciones de bananos.

Saboga es aún un lugar importante para la pesca de perlas, que se hace de la misma manera primitiva que hace algunos siglos. Un bote con una tripulación de 5 u 8 hombres se hace a la mar, cuando está tranquila, con remos o la vela, en la buena época del año, hacia los mejores bancos, en general al lado Oeste o Sur de las islas, raramente entre ellos. En cada bote van uno o dos buzos, éstos bajan repetidas veces con una canasta o bolsa de paja y suben después de un minuto o un minuto y medio de vuelta con ostras y moluscos. El único instrumento de estos buzos es un cuchillo corto. Ellos mismos dicen que pueden permanecer bajo el agua más de cinco minutos: el tiempo más largo que pude observar, reloj en mano, fue de un minuto y cuarenta segundos. Muchas especies diferentes de conchas e incluso moluscos son subidos y examinados por la tripulación. De los moluscos de la familia Strombus y de otras se cogen a veces perlas rojas, las que alcanzan también altos precios.

Como el "Bylgia" estaba demasiado cargado para hacer agradable navegar a vela entre las islas y dada especialmente nuestra necesidad de dragar el fondo del mar, decidí dejar en Saboga un par de mis cajas de materiales más pesadas, para pasar a buscarlas cuando las necesitase. Para eso hice uso de una de las cartas de recomendación que la previsión del Cónsul Gyllich me había proveído. Don Antonio Olivarrem, a quien estaba dirigida, no estaba allí y su mujer, Doña Serena, quien me recibió con ceremoniosa cortesía, no se atrevió a tomar bajo su techo dos de mis cajas sin oír primero la opinión de la parentela, por lo cual decidió llamar al día siguiente un consejo de familia y darme parte de su decisión. Así fue hecho y la decisión me resultó favorable. Esto hizo que me quedé en Saboga un día más de los que yo había decidido, pero la isla era tan maravillosa, que no lo lamenté y tan rica para un naturalista, que no me vi obligado a permanecer desocupado. Es una de las más bellas de las Islas de Perlas. Bosques tropicales cubren las alturas y alternan con valles rientes. Bahías azul profundo, una más encantadora que la otra, penetran en la

isla, rodeadas de majestuosas palmeras que se mecen con la brisa, a veces rodeadas de pintorescas formaciones de rocas. La isla tiene 3.5 kilómetros de largo, de Norte a Sur y 2 de ancho.

Después de haber hecho nuestra provisión en una rica fuente, que incluso en el período de sequías no se había secado, en la parte Norte de Saboga, enfilamos rumbo a Contadora, situada al Este, cerca de Saboga.

Después de haber buscado en vano a lo largo de las costas Oeste y Sur de la isla un puerto favorable, echamos ancla afuera de la punta Sureste y pudimos, saltando de piedra en piedra y después vadeando, llegar a tierra, sólo para encontrar un paisaje reseco y requemado, que además era muy difícil de atravesar debido a las malezas llenas de espinas y de bejucos, lo que no hacía mayor conocimiento atractivo. Subí sin embargo a la cima más alta de la isla, apenas a 25 metros sobre el nivel del mar. De allá resultó ser apenas abrupta, formando una planicie apenas ondulada, sin riachuelos ni quebradas, con árboles de altos troncos, pero ahora sin una sola hoja verde. Las playas han sido fuertemente socavadas por el mar, las rocas son doleritas bastante descompuestas, lo mismo que en Pacheca, aunque no se desmoronan tan fácilmente como allá.

Contadora no tiene agua dulce durante el período seco del año y por lo tanto no está habitada, a pesar que su área es bastante grande, más grande que Pacheca. En su longitud extrema es de 2.2 kilómetros de Este a Oeste y de 1.2 Kms. de ancho. El número de pájaros es incluso pobre; sólo pude tomar un par de especies de gavilanes y algunas zancudas que pescaban en marea baja. Seguí su ejemplo y en un par de horas hice un rico botín de animales marinos.

Ya que Contadora no era especialmente atrayente para una estadía más larga, levantamos ancla y enrumbamos hacia Chaperá, una isla bastante escarpada y con una rica vegetación verdeante. En su lado Este encontramos un pequeño y magnífico puerto con una estrecha entrada, limitada a cada lado por unos montículos, de traquita. El pequeño puerto era casi enteramente en forma circular y merecía sin embargo ser llamado puerto, porque en marea baja estaba completamente seco, dejando al "Bylgia" sobre un lecho de arena blanca de grano muy fino. La diferencia entre la marea baja y la marea alta es de 4.7 metros. (Fig. 17).

En la playa misma armamos nuestra carpa, bajo la protección de la ancha cúpula de una manzanilla de tamaño poco común y aquí pasamos cuatro días explorando la isla y dragando mar afuera. La bahía se continuaba con una planicie de arena cubierta de mangle, que en una época fue parte de la misma bahía, pero que pronto fue enarenada, debido al trabajo continuo del mar y a la entrada estrecha. Esta planicie de mangle, a través de cuyo terreno poroso el agua entra continuamente con la marea, fue muy difícil de atravesar. Continúa directamente con una altura bastante escarpada, limitada por una depresión en forma redonda, que forma el

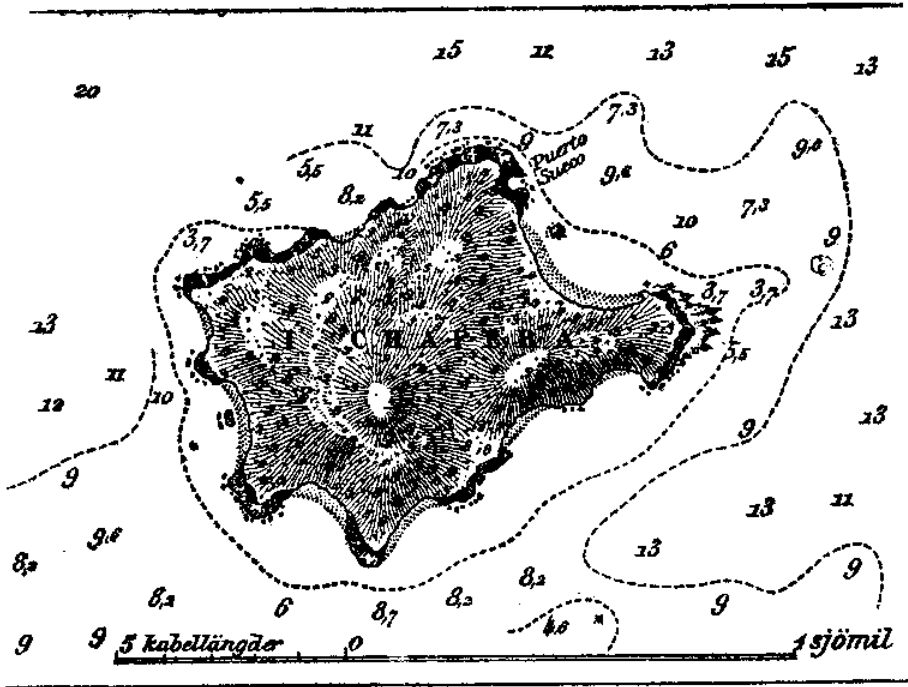


Fig. 17. — Isla Chapera.

Puerto Sueco — así llamamos a nuestro buen puerto, puesto que ni en los mapas ni entre los habitantes tiene nombre.

Después de haber navegado a través del grupo de las Islas de Perlas y haber pasado algún tiempo más o menos largo en la mayoría de las islas más grandes y visitado muchos de sus islotes y archipiélago, llegué a la conclusión que probablemente fue aquí, en esta bahía de Chapera, donde el primer inglés que navegó en el Pacífico, el osado aventurero John Oxenham tuvo sus reales, cuando después de un doble viaje a través del istmo, hecho con un valor temerario, se puso al acecho para apresar los galeones que venían del Perú, cargados de plata y oro.

Había sido uno de los acólitos de Drake en su primer viaje o más bien en su campaña guerrera en las aguas de las Indias Occidentales y allí había aprendido a conocer el istmo. Volvió aquí en 1575 con un solo navío pequeño y un grupo de 70 hombres. Como su fuerza era demasiado pequeña para poder luchar con éxito contra las fuertes escoltas que protegían los transportes de plata por tierra de Panamá a Puerto Bello, decidió atacar en el Pacífico los galeones que venían del Perú. Para esto escondió su pequeño navío en una bahía pequeña fuera de tránsito, probablemente en la región de la Bahía de San Blas.

Luego se abrió camino con todo su grupo a través de la selva virgen hacia el Sur, hasta que encontró un ancho río, que corría hacia el Pacífico: éste era, por lo que se supone, el Río Bayano o el Río Chepo. Después de haberle seguido un trecho, para asegurarse que ninguna cascada obstaculizaba su pasada, construyó a orillas del río un gran navío y navegó a remo, río abajo, hasta su boca en el Pacífico. De allí se hizo a la vela hacia las Islas de Perlas, donde en un bien defendido puerto estableció sus reales y se puso al acecho de su presa.

Dentro de poco consiguió apresar dos navíos, cargados de oro y plata. Después de haberlos saqueado de su rico cargamento y además hecho una semana de navegación entre las Islas de Perlas para conseguir perlas, dejó, con más caballería que inteligencia, que los navíos españoles continuaran su ruta y así causó su propia pérdida. Porque los españoles de Panamá avisados, en parte por los negros de las Islas de Perlas, en parte por los tripulantes de los navíos saqueados, del camino que él había tomado y de las escasas fuerzas de que disponía, lo siguieron río arriba del Chepo. Allí lo sometieron, lo apesaron y después lo ahorcaron en Panamá con la mayor parte de su gente.

Si Oxenham hubiese podido regresar a Inglaterra habría adquirido fama su nombre, porque indudablemente su travesía a través del istmo fue una de las más osadas hazañas, que hasta ahora hayan sido hechas y la primera tentativa para atacar a los españoles en el Pacífico. Es cierto que Drake atravesó después a vela el estrecho de Magallanes hasta el Océano Pacífico y asoló las ciudades españolas de la costa Oeste de América del Sur, pero sólo casi un siglo después se atrevieron los enemigos de España, siguiendo el mismo camino que él, dirigirse hacia la Bahía de Panamá, donde durante decenios encontraron un campo que dio grandes ganancias a su piratería.

Nuestro campamento en la baja playa de arena estaba cubierto de árboles y era confortable, pero tan poblado de mosquitos, moscas de arena y otros insectos picadores, que pronto tuve aquí que recibir el bautizo de sangre de los viajeros de los trópicos, y pronto con profunda resignación tuve que aceptar que el único medio de defensa contra estas plagas es dejarlas que piquen. El árbol de manzanilla que daba sombra a nuestro campamento no tuvo ningún efecto peligroso en nosotros, a pesar que los naturales nos afirmaron que su sombra era dañina. Incluso comí de su fruta, considerada venenosa, sin otro inconveniente que un dolor agudo en la boca y en la garganta durante algunas horas.

La marisma de mangle, que ocupaba la mayor parte de la bahía en vías de enarenarse, escondía una rica vida animal de conchas, crustáceos y gusanos, arañas o insectos e incluso algunas especies de pájaros. Entre estos últimos nombraré a una pequeña garza que durante mucho tiempo gracias a su cuidado se burló de mis esfuerzos para observarla de cerca. Sin hacer ningún ruido se paseaba alrededor de las ramas más altas de los palos de mangle, escondiéndose detrás de los troncos y de las ramas más gruesas,

enterrando de vez en cuando con un movimiento rápido como un relámpago su puntiagudo pico en algún cangrejo, que descuidadamente había salido a mirar desde algún hoyo. Los criollos lo llaman Don Diego (*Boturides virescens*) y la encontré después no sólo en diferentes lugares de las Islas de Perlas, sino también en la mayoría de las bocas de los ríos de Costa Rica y Nicaragua y en las islas del Lago de Nicaragua.

Los árboles y los matorrales de la parte más alta de la isla estaban poblados por un gran número de pájaros pequeños, entre los cuales las Tanágrides tenían un lugar principal, gracias a su plumaje brillante. Una de éstas es particularmente magnífica y un gran favorito de los habitantes de la isla. En tierra firme se le conserva a veces en jaula: la cabeza, las espaldas y el pecho son de color rojo púrpura, brillante como la seda, las alas son negras profundas como el terciopelo, se les llama "Sangre de Toro". (Fig. 18).

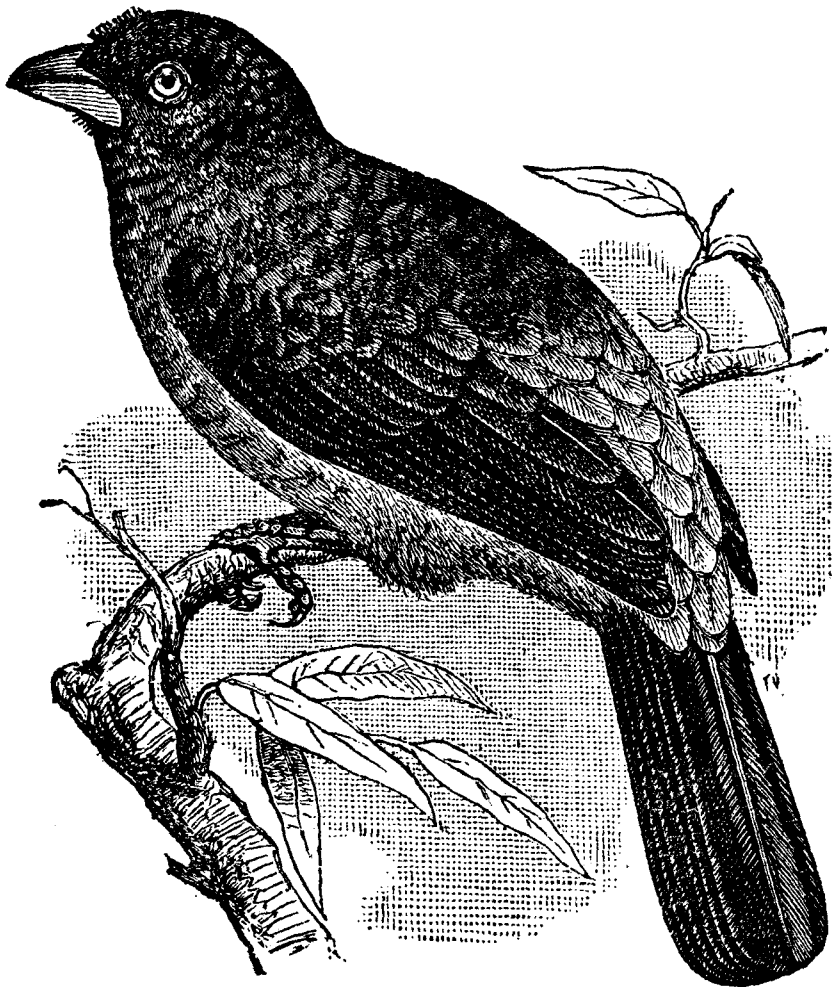


Fig. 18. — Sangre de Toro (*Rhamphocoelus uropygialis*).

En las playas Sur y Este de la isla vivían sus habitantes, 5 ó 6 familias de unos 50 individuos. Me mostraron amistad y me procuraron lo que su isla ofrecía como alimentos. Un día vinieron algunos de ellos y me dieron el importante aviso que una vaca había sido destazada en Saboga; por lo cual el "Bylgia" fue mandado inmediatamente allí para conseguirnos carne fresca, con que hacer un cambio oportuno y necesario en nuestra alimentación. Así conseguimos unas seis "yardas" de carne, llamados "tasaajo". Tan pronto como un animal ha sido sacrificado, se corta la carne en anchas bandas, las que a veces se espolvorea con sal o se humedece con jugo de limón y después se cuelgan estas tiras o se les pone a secar al sol. Cuando la carne va a usarse, se la asa seca a la brasa o se la corta en pedazos y se le cocina con bananos, arroz o fiame, hasta hacer una sopa espesa —un "caldo"— que es muy alimenticio y agradable al gusto.

Chapera está menos cultivada que Saboga, pero tiene un aspecto tropical más atrayente y una vegetación de palmeras más rica. Su mayor longitud de Este a Oeste es de 2.3 Kms., su ancho de Norte a Sur es de 1.7 Kms.

Después de cuatro días de recorrer la isla, durante los cuales tomé un verdadero tesoro de su naturaleza animal, decidí continuar el viaje. El "Bylgia" se cargó de manera enteramente conveniente, ya que yacía en su lecho de arena seca y nos embarcamos esperando la marea para salir de nuestro puerto tan seguro.

Navegamos de allí hasta la isla más cercana al Sur, la Isla de Pájaros o Mogo-Mogo. Chapera y la Isla de Pájaros se encuentran en un banco común o una planicie con a lo más 8 metros de agua, que fuera de este banco varía entre 20 y 40 metros de profundidad. La Isla de Pájaros no tiene una vegetación tan rica como Chapera, pero es bella y abrupta, con playas profundamente recortadas. Como en otras islas, la naturaleza de la roca es volcánica y las partes de las playas que se encuentran más expuestas al embate del mar, muestran vetas redondas o riscos de basalto negro. Tiene apenas 2 Kms. de largo y el mismo ancho.

En el costado Norte de la isla se encuentra el poblado compuesto de 5 a 6 chozas de hojas de palmera; en las playas Sur y Este se encuentran unas pocas chozas. A pesar que sólo me quedé un día en la isla, hice una rica contribución a mis colecciones; entre otros encontré un viejo conocido de nuestras regiones más nórdicas, un zarapito real (*Numenius phocopus*). La última vez que cacé uno de éstos fue en la costa de Noruega, cerca del círculo polar: se puede ver que esta especie de pájaros es un poco cosmopolita. Aquí se encontraba muy aclimatado y mostraba una extraordinaria habilidad para coger pequeños gusanos que la marea había dejado en seco en la playa.

Dejamos la Isla de Pájaros y con ella el grupo Norte del Archipiélago de las Perlas para buscar un lugar apropiado para una estadía más larga entre las islas del grupo principal. En la carta marítima se veían las ba-

hías de la Isla Viveros muy invitadoras y allí debíamos encontrarnos en el centro de todo el archipiélago: allí dirigimos nuestro rumbo. (Fig. 19).

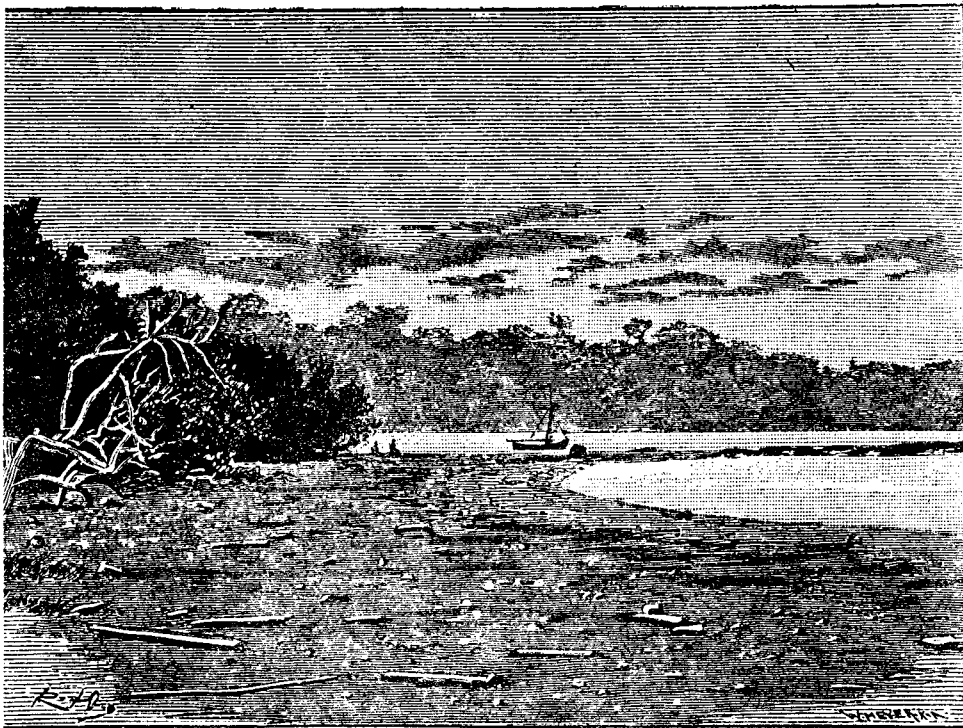


Fig. 19. — Playa de Viveros en marea baja.

Con una débil brisa del Oeste pasamos las dos islas boscosas, pero bajas de Bolaños y Bavaria, o Bavarena. Cuando llegamos a la altura de los pequeños islotes Caracoles, calmó el viento, tratamos de desembarcar, pero las abruptas playas y la fuerte marejada no nos lo permitieron. Debimos entonces tomar los remos para encontrar un puerto antes de la noche y pasamos de esta manera la Isla Casaya, grande y bien cultivada y la Isla Mina, rica en palmeras.

Ante nosotros se extendía la enorme Isla San Miguel o Isla del Rey, la isla principal del archipiélago, la “Tierra Firme” como la llaman los isleños, con alguna razón ya que sólo ella es el doble más grande que todas las otras islas juntas. En ella se alzan una cantidad de cerros, de cimas igualmente cónicas y redondeadas. Sobre la playa fuertemente empinada de una bahía ancha en forma de media luna, se extiende la “capital” del grupo de islas, San Miguel, con algunas centenas de casas, en su mayor parte cubiertas de hojas de palmera, aunque algunas ostentan techos de tejas y ventanas verdes. Esta vez pasamos la ciudad de largo y dirigimos el rumbo en el ancho canal que separa Viveros de la isla principal. El viento había de nuevo refrescado, pero era Sur: durante nuestra travesía tuvimos una oca-

sión muy favorable para examinar de manera crítica las playas de ambos lados, con la esperanza de encontrar algún puerto que nos conviniera y un lugar apropiado para nuestro campamento, pero todas las bellas ensenadas estaban ya ocupadas por pintorescas chozas de hojas de palmera. Después de haber así en vano buscado ensenada tras ensenada y avanzado un buen trecho hacia el Sur del Canal, nos volvimos por el mismo y echamos ancla al borde inmediato de Viveros, para pasar la noche en el bote, molestados solamente por el fuerte resplandor lunar y por el sereno.

En la mañana recomenzamos nuestro viaje de exploración y tuvimos de nuevo la oportunidad de admirar los magníficos panoramas del canal, que están entre los más bellos de los que ofrece este magnífico grupo de islas. El canal es de 300 a 400 metros de ancho y casi 4 kilómetros de largo. De un lado se encuentra la Isla Viveros, ricamente abrupta, que muestra una bahía tras otra, separadas cada una de su vecina por abruptos ramales de montaña, angostos y cubiertos de bosques, y al fondo de las bahías bosquecillos de bananos y de palmeras de coco. Del otro lado se ven las tierras altas de San Miguel con sus numerosos cerros, que bajan progresivamente hacia el canal, proyectando promontorio tras promontorio, cada uno adornado de una linda casita de hojas de palmera, incrustada en todos los tonos del verde. Este panorama tomaba aún más vida con las elegantes garzas e ibis blancos, que se levantaban a medida que nos deslizábamos.

Por fin encontramos en la boca Norte del canal un buen puerto, en una abertura de la ancha faja de mangle, inclinada hacia la bella playa. Allí en el interior se alzaba un magnífico bosquecillo de cocos, y entre ellos y el agua se alzaba una bella y pequeña altura, cubierta de Ficus y de Heliconias, suficientemente grande para recibir nuestro campamento y suficientemente alto para mantenernos asegurados contra nuestros peores enemigos, las moscas de arena.

Esta ensenada había incluso estado habitada anteriormente, pero la casa fue destruida por un incendio, de esto quedaban como testigos algunos pilares medio quemados, tirados en el suelo. Allí levantamos nuestra carpa y un rincón bajo una arboleda se convirtió, verdadero recinto natural, en nuestro taller. Una animación poco común de pájaros alrededor de nuestro campamento nos aseguró la promesa de mantenernos ocupados y decidí establecer aquí nuestro alto comando durante algún tiempo. Envié nuestro "Bylgia" a San Miguel para completar nuestras reservas de provisiones. Después de varios días de excursiones en diversas direcciones en el interior de la isla visité algunas de las diseminadas "plazas" (sic) o "ranchos", donde vivían los habitantes de la isla, y comenzó nuestro campamento a ser conocido. Casi no pasaba día sin que recibiésemos la visita de los interesados habitantes de la isla.

Pocas veces llegaban con las manos vacías, frutas y otros víveres eran traídos como regalos a sus huéspedes, especialmente después que con sales inglesas y quinina pude curar algunos enfermos de las fiebres. Entre los regalos que yo les hice, recibían como tesoro, la pólvora, perdigones, balas

explosivas, de preferencia a todo lo demás y después, tabaco, objetos de hierro, tejidos y mercaderías.

Como nuestra estadía aquí en Viveros fue relativamente larga y como aquí tuve intensos intercambios con los autóctonos, aprovecharé la ocasión de decir algunas palabras sobre la gente que vive en las Islas de Perlas. Como ya lo dije anteriormente, está el tipo de negro fuertemente representado y a veces, con beneficio para la raza, un poco cambiada a través de una mezcla con sangre india; pura sangre negra no es rara, pero, al contrario, no vi por ninguna parte verdaderos indios. En general son, tanto los hombres como las mujeres, de pequeña estatura, de anchas espaldas, de formas llenas, aunque no de líneas excesivamente fuertes.

Las formas de cara me parecieron indicar que los antepasados indios de esta raza eran descendientes de los indios del Magdalena, por lo tanto pertenecientes a la rama Caribe. Los colores, café cobrizo, son más oscuros que los de los indios del istmo. Las caras son anchas, la frente alta, los ojos más grandes que en los negros, la nariz recta, a veces algo aplastada, el pelo largo y duro, a veces erizado, de color ala de cuervo. Los brazos y las piernas son algo débiles, las manos y los pies algo pequeños. Por lo que se refiere a sus cualidades espirituales encontré que desgraciadamente tienen mucho de sus abuelos negros: son perezosos, no se puede confiar en ellos, y no son excesivamente honrados. En sus chozas se goza de alguna libertad, como huésped, pero esperan en cambio recibir algunos regalos. Entre los negros de pura sangre se encuentra a menudo figuras fuertemente talladas, a veces verdaderos atletas.

Sus casas tienen varios estilos, como consecuencia de sus viajes a Panamá, con la cual los isleños mantienen relaciones relativamente activas. La mayoría de las chozas y las más típicas están construidas de una armazón de troncos de palmera y de caña salvaje, la "caña blanca", con un techo alto, a veces en forma de pirámide, hecho de hojas de palmera, dispuestas en varias capas y cuidadosamente amarradas con tiras de paja o con bejuco finos. Estos techos pueden soportar durante varios años las fuertes lluvias tropicales, que aquí a veces entran con tremenda violencia. A través de las lisas paredes el viento entra libremente y derrama una frescura agradable, al mismo tiempo expulsa las miasmas, que se levantan a consecuencia de las deficiencias en limpieza, que tan a menudo reinan en el interior de las casas. La mayoría de las chozas albergan habitualmente un gran número de habitantes, en relación al área del suelo y no solamente humanos: cerdos, gallinas y perros se consideran tener tanto derecho a espacio en la casa como los dueños. Con paredes impermeables al viento, en estas circunstancias cada cosa se volvería muy pronto un recinto pestífero.

A menudo el techo se levanta de un lado, fuera de la pared, y crea un compartimiento abierto, donde se guardan los implementos, éstos son sencillos y se componen habitualmente apenas de algunos canaletes o remos, una inmensa redonda tinaja para el agua de beber y además una "canaoa" o mortero de madera de inmensas dimensiones para machacar maíz.

El mobiliario es igualmente sencillo y se compone de algunos camastros o mesas bajas de varas de palmeras, en el mejor de los casos cubiertas de tapetes de paja, —son las camas donde duerme la familia; un hogar de piedras planas, habitualmente en el medio de la choza sobre el suelo aplanado, o sobre una mesa baja, cubierta con una capa espesa de arena y además la inevitable hamaca para el padre de familia, una calabaza de arcilla o si la casa es adinerada, una marmita de hierro, un mayor o menor número de calabazas de diferentes formas, algunas bateas de madera para lavar y un “metate” con su piedra de mano, una lámina curva de madera o de piedra con una machacadera de piedra donde se muele el maíz.

En una especie de tablado bajo el alto techo están colocadas las provisiones, de manera que no puedan ser saqueadas por sus habitantes de cuatro patas. Allí se encuentran de costumbre bananos verdes, fíame, maíz o caña de azúcar y también a veces pescado seco o carne seca colgando de tiras de finos bejucos o de paja.

Viveros es una de las islas más pobladas entre las Islas de Perlas, tiene por lo menos 50 familias. Por lo tanto está bien cultivada y produce ñame, maíz, bananos, un poco de caña de azúcar, cacao y una reserva inagotable de cocos. Cerdos y gallinas se encuentran en gran cantidad e incluso reses.

La isla está especialmente bien colocada para una estadía más larga, ya que se encuentra en el corazón del archipiélago, apenas a algunas horas de camino de la ciudad de San Miguel. Viveros tiene a su disposición en su área la mayor extensión de costa de las Islas de Perlas y pocas pueden ofrecer tan bellas bahías.

Después de una estadía de más de una semana, que nos dio un rico botín, tanto de las excursiones por tierra como de las por mar, abandonamos con pena la isla para continuar más lejos hacia el Oeste nuestro viaje de exploración. El mismo día cayó la primera lluvia, corta, pero sumamente fuerte; el periodo de las lluvias comenzó a acercarse, pero aún podíamos contar con un par de semanas de bastante buen tiempo. Salimos adelante con una débil brisa, a lo largo de la costa Norte de Viveros, donde las bahías y los cabos cubiertos de palmeras alternan con acantilados escarpados y fantásticamente cincelados de basalto negro, tan lacerado y pulido por el mar que parecía lava recién petrificada.

Capítulo VII

EL ARCHIPIELAGO DE PERLAS

MINA — PEDRO GONZALEZ

Desembarcamos en la isla más vecina de Viveros, al Norte, la Isla Mina, para tomar nuestro desayuno, pero quedamos prisioneros durante el resto del día, debido a nuestra propia falta de previsión: nos habíamos adelantado demasiado dentro de la bahía y la marea dejó el bote en seco. La Isla Mina es una isla de bajas tierras, de área bastante considerable, pero deshabitada, por lo menos durante el período seco del año, porque le hace falta agua dulce. Pero tiene un gran exceso de palmeras de cocos y la leche de los cocos jóvenes nos dio un delicioso repuesto a la falta de agua. Un pequeño islote en la costa Noroeste de Mina está habitado por una familia y seguramente sus miembros saben sacar ventaja de la gran riqueza en cocos de la isla.

Con el crepúsculo vino la marea y nos liberó de nuestra prisión, y nos hicimos entonces a la vela hacia la Isla Casaya, grande y muy poblada. Echamos el ancla en una bahía en la costa Sur. En la mañana desembarcamos en la costa Oeste, donde en vano traté de abrirme paso en la selva virgen: bejucos y matorrales cubiertos de espinas me hicieron una resistencia demasiado enérgica. La costa Este es por el contrario tierra más baja y abierta, está densamente poblada en su mayor parte, concentrándose la población en un caserío, que cubre las bellas playas de una ancha y profunda ensenada. Casaya tiene la riqueza de buena agua, grandes plantaciones de cocos y bananos; ñame, batatas y sandías se cultivan allí y la pesca se practica de acuerdo con las necesidades familiares.

Después de una corta estadía en Casaya navegamos hacia Bayoneta, la isla más al Sur del grupo central. Las playas Sur y Oeste son de farallones de basalto negro. Perpetuamente expuestas a las poderosas olas del Océano Pacífico, han sido cinceladas y recortadas en las formas más curiosas, a veces formando extensos puentes horizontales, tan lisos como el piso de una sala de baile, a veces altos y poderosos pilares, a veces extraordinariamente delgadas columnas, a veces cuevas profundas en la montaña o grutas espaciales de altas bóvedas. Estas ofrecían maravillosos refugios durante el calor del día.

Cuando nos acercamos al costado Sur de la isla, buscando un puerto apropiado, nos salieron al encuentro grandes bandadas de pelicanos y corvejones, los que seguramente tenían excelentes lugares de pesca en las playas poco hondas de la isla y por lo tanto se reunían aquí de los islotes vecinos; efectivamente después encontré que ninguna de estas especies tenía sus nidos en Bayoneta.

En un lugar de rica vegetación, 8 a 10 metros sobre el más alto nivel del agua, pusimos nuestro campamento, después de limpiar el lugar de malezas y bejucos, al cabo de dos horas de trabajo intenso al machete. Decidí pasar aquí algunos días y enviar a mis colombianos con el "Bylgia" a renovar nuestras provisiones. La pólvora y los perdigones comenzaban a hacer falta, lo que no era de extrañar, ya que la colección de pájaros conservados era de más de 200; de café, de azúcar y de galletas teníamos ya varios días de privarnos.

El "Bylgia" nos dejó y estuvo lejos cinco días en lugar de los previstos dos y medio; esto nos condujo a desagradables situaciones, que se hicieron sentir, porque la Isla Bayoneta no tiene agua de beber, a pesar de ser una isla grande y montañosa. José tenía orden, que cuando pasara por Casaya, le dijese a un mulato, a quien antes le habíamos comprado pescado y bananos, de venir todos los días a nuestro campamento con calabazas de agua fresca. Pero como aquél no se hubiese aparecido el tercer día, nos encontramos con una falta de agua tan completa, que toda la ración del día consistía en un vaso de agua mineral para cada uno de nosotros y la misma cantidad para el pobre Nerón, que sufría terriblemente y que sólo después de muchos ensayos pudo ser capaz de beber el agua que contenía una buena cantidad de hierro. En la mañana del cuarto día vino sin embargo nuestro ángel negro salvador, justamente cuando yo ya había tomado la decisión de construir una balsa que me llevase hasta la Isla Casaya, creyendo que el "Bylgia" había tenido alguna desgracia o que había sido tomado por los habitantes de la isla. Ahora que ya teníamos agua de nuevo, olvidamos todos nuestros sufrimientos, a pesar que yo estaba bastante inquieto sobre la suerte de nuestro bote.

Finalmente, al quinto día de nuestro confinamiento vimos la vela blanca del "Bylgia" sobre los bajos islotes que defendían la bahía donde se encontraba nuestro campamento y pronto estábamos de nuevo equipados con todo lo que necesitábamos para continuar más lejos hacia el Sur, hacia las tres islas más grandes del archipiélago.

La Isla Bayoneta tiene una naturaleza muy variada; sólo a lo largo de las playas están las rocas desnudas, requemadas por el sol y cinceladas por las olas. Al interior de la isla forman ramales montañosos suaves, cubiertos de vegetación, separados por valles estrechos y sinuosos o por marismas de mangle extensas. Estas últimas en el pasado han formado profundas entradas del mar, pero ahora, debido a la arena acumulada por la marea y también debido al alza de la tierra, han quedado para siempre separadas del agua salada. Es interesante ver cómo la vegetación de halófilos

retrocede ante las heliconias, las palmeras de coyol y otros árboles y arbustos que avanzan más y más por todas partes, a medida que el suelo se va secando.

Los pájaros son aquí numerosos y me dieron ocasión de aumentar mis colecciones. Un día tuve la suerte de tirar dos pájaros tropicales (*Tachyptes aquila*). Durante mucho tiempo habían burlado todos mis esfuerzos, gracias a su cautela. Volaban bastante alto, a buena distancia de la tierra y cayeron naturalmente donde los alcanzaron las balas, en el mar, el uno, muerto, el otro con el ala quebrada. De la planicie donde yo me encontraba se lanzó Nerón, cabeza abajo en el agua y trajo pronto el pájaro muerto a tierra; vio ahora al que estaba herido, que la marea arrastraba más y más lejos de tierra, batiendo desesperadamente el agua con el ala buena; el pájaro estuvo rápidamente a más de dos cables de la tierra y el mar se comenzó a levantar. Resoplando de ardor de caza se lanzó Nerón de nuevo en el agua y pronto pudo alcanzar la presa. Tomó al enorme pájaro por el ala sana y se dirigió hacia tierra. Fue un terrible recorrido, porque el pájaro trataba desesperadamente de soltarse y atacaba furiosamente a Nerón con su fuerte pico en la cabeza y en la nariz, de tal manera que la sangre le comenzó a correr. Nerón lo metía de vez en cuando bajo el agua, lo que disminuyó su furia, pero ahora vinieron, alertados por la bulla, una bandada de 30 a 40 pelícanos, que chillando y haciendo ruido con sus enormes picos, comenzaron a volar en círculos encima del perro y atacaron al osado intruso de su territorio. Un tiro encima de sus cabezas los hizo disminuir en número por un segundo, pero pronto volvieron y como yo temía continuamente ver la aleta de un tiburón aparecer detrás del perro, es fácil comprender que fue con alegría que lo vi de nuevo en tierra firme.

Continuando mi paseo un poco más lejos a lo largo de la playa, llegué a una ancha ensenada, que ofrecía un espectáculo lleno de vida: la superficie de la ensenada estaba cubierta por varios miles de pelícanos que nadaban tranquilamente, de vez en cuando zambullían la cabeza y el cuello dentro del agua, como para buscar algo en lo profundo. Allí se estaban y esperaban que la marea dejara la ensenada seca. Pronto sucedió esto y un lugar mejor para pescar apenas podían imaginarse los pelícanos más exigentes, porque ahora más de un kilómetro cuadrado de terreno plano estaba seco o cubierto apenas a lo más de un tercio de metro de agua, y en su superficie, en todos los charcos y en todos los hoyos, había grandes cantidades de peces, de crustáceos, de moluscos, y de gusanos. Allí se apiñaban los torpes pelícanos, reuniéndose en bandadas en los charcos más ricos, sacando una golosina después de otra, en medio de pelea y ruido, y tragándose las con los picos estirados hacia arriba. Era un festín; nunca había visto yo otro similar.

Bandadas de garzas blancas brillantes volaban en placenteros círculos sobre la congregación atareada en su festín, pero tan pronto como trataban de tomar parte en él, eran alejadas por los pelícanos avaros. Con tranquilidad de filósofos esperaban buitres y halietos su turno, descansando en

las cimas de las palmeras que coronaban la ensenada y en una roca aislada había una media docena de negros buitres con las alas abiertas colgantes y cuellos extendidos, observando golosos el cuadro que tenían ante sí. Cuando los pelícanos quedaron satisfechos se levantaron pesadamente y batiendo las alas, con sus buches rellenos, volaron con pesados aletazos hacia el Sur, hacia las pequeñas islas al norte de Pedro González. (Fig. 20).

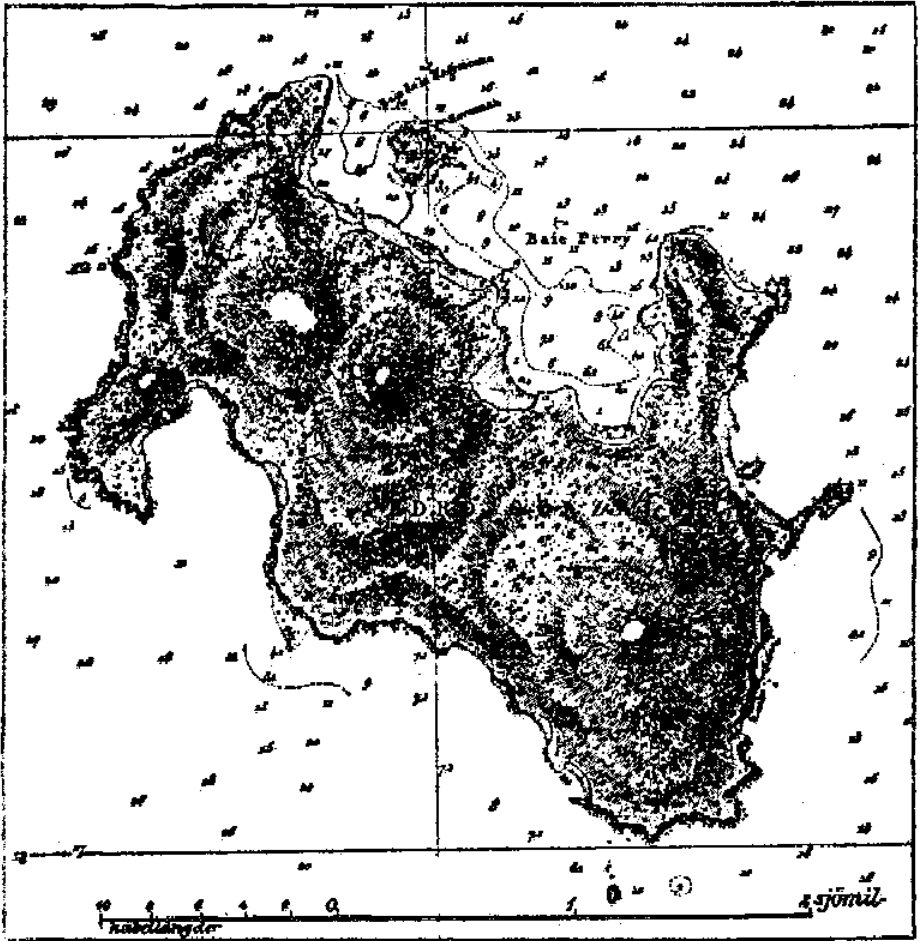


Fig. 20. — Isla Pedro González.

Después de ellos ocuparon el lugar las garzas, que con largos pasos y con sus cuellos placenteramente estirados hacia atrás vadearon el agua pinchando con una rapidez de relámpago, con sus largos picos en forma triangular, ora un pez, ora un cangrejo que en vano trataba de encontrar un rincón dónde protegerse entre las piedras. Cuando entretanto, venían cerca de la roca donde yo me encontraba escondido tuve mucha dificultad para man-

tener tranquilo a Nerón: no podía comprender por qué no tiraba, cuando una ocasión tan magnífica se me ofrecía.

Después de casi una semana de estadía en la Isla Bayoneta levantamos el campamento. Se cargó el "Bylgia" y el viaje tomó rumbo hacia el Sur. La tripulación se componía ahora de mi "piloto", José Rúa, y de Johnny, un peruano. Manuel había recibido en Panamá una peligrosa puñalada que puso su vida en peligro y había sido conducido al hospital; fue uno de los motivos de su ausencia prolongada del "Bylgia".

Cuando nos acercamos a la costa Norte de nuestra próxima meta, la gran Isla de Pedro González, decidí visitar primero dos pequeños islotes de rocas en su extremidad Oeste. Desembarcamos por lo tanto en una pequeña ensenada de denso follaje, en la Isla Señora, el más grandes de los islotes. Mientras la tripulación se preparaba el desayuno tomé un paseo a lo largo de la playa, lo que podía hacerse ya que en ese momento era marea baja; pero el camino era todo menos agradable, porque tuve que saltar de piedra en piedra. Toda la playa se componía en efecto de montones de piedras, los más desordenados que se puedan ver. El islote mismo no era tan alto, sino empinado para subir arriba, con lados cortados a pique, de manera que era imposible subir hasta la planicie más arriba, desde la playa creada por la marea baja. El costado Norte era no sólo cortado a pique, sino que sobresalía de una altura de 60 a 80 metros; largos troncos de cactus u "hojas" colgaban a lo largo de la pared, como cuerdas para ayudar en la subida. En la cima, casi enteramente desprovista de árboles, centenares de pelicanos habían hecho sus nidos; cada uno tenía de 2 a 4 crías casi enteramente adultas. No se veían otros pájaros, salvo algunos rudos y hambrientos buitres, que con impaciencia parecían esperar que alguno de los jóvenes pelicanos, en su primer ensayo de vuelo, cayese abajo y se quebrase el cuello entre las piedras. Y esto fue lo que sucedió mientras yo estaba allí y Nerón terminó con un rápido mordisco los tormentos de los miserables pájaros de alas quebradas.

Al pie de la montaña, que es de basalto negruzco bastante descompuesto, las olas han cavado, con su martilleo, una gran cantidad de huecos o pequeñas grutas, de techos de altas bóvedas puntudas, continuamente húmedas con la espuma del oleaje sobre la playa.

El costado Oeste es tan empinado y alto, bordeado en todo su largo por árboles habitados por pelicanos. De esta colonia se oía un continuo murmullo y apagado palmeteo, que llegaba a dominar el retumbo de la reventazón de las olas. La playa era aquí tan estrecha que tuve dificultad para avanzar y tuve a menudo que bajar al agua para vadear alrededor de piedras completamente imposibles de pasar o pequeños paredones de rocas con extremidades tan puntudas y estrechas que no dejaban lugar para dos pelicanos, uno a la par del otro. Pronto decidí volver atrás, puesto que ya había yo visto más de la mitad del islote, pero el deseo de ver el costado Sur, más salvaje y más alto, creció con las dificultades. Continué por lo tanto adelante, pero pronto crecieron las dificultades de manera inquietante.

tante, desapareció completamente la playa de marea baja, y un oleaje furioso comenzó a golpear directamente contra el paredón, que caía verticalmente en el océano.

Comenzaba yo a pensar que lo mejor sería volverme atrás sobre mis propias huellas, cuando a algunos metros encima de mi cabeza descubrí una abertura casi redonda en el paredón, donde se oía un ruido persistente, producido por la entrada del oleaje por el otro lado del peñazco. Era efectivamente una gruta; y ya que allí estaba, no lamenté los esfuerzos que me había costado, porque era una de las grutas más maravillosas que yo haya visto jamás. Se extendía casi en línea recta más de 70 metros hacia el Sureste; el piso, hecho de piedras pequeñas, casi redondas debido al continuo restregar, terminaba lentamente en esa dirección. Tenía la forma de una iglesia gótica de una sola nave, el ancho era de unos 10 a 12 metros, el alto de unos 12 a 15 metros. La extremidad Sur se abría directamente en el mar, con dos grandes portadas de forma ojival, separadas por un enorme pilar de basalto. A través de estas portadas entraba el oleaje continuamente, a veces más fuerte, a veces más débil, creando un ruido melancólico y curioso en la alta cúpula.

A penas había yo vadeado a través de este portal, cuando la marea comenzó a subir tan alto que el regreso se me hizo imposible. Tuve por lo tanto que seguir adelante como fuese posible, a veces trepando, a veces vadeando entre los bloques de piedras despedazados al pie de la pared de más de 50 metros de alto, a veces cortada a pique, a veces oblicua. Finalmente subió la marea de tal manera que para salir con vida tuve que escalar el paredón. Fue un trabajo laborioso y me tomó casi media hora, a pesar que la altura no era mayor de 50 a 60 metros. Con un suspiro de alivio por fin me vi en la cima, pero sólo para encontrarme con otro obstáculo: todo el borde de la cima estaba defendido por una barrera de 15 a 20 metros de ancho de espesos matorrales espinosos, que tienen el nombre sugestivo: "salta si puedes". No tenía machete conmigo y por lo tanto no podía abrirme paso, no me quedó otra alternativa de salida que pasar arrastrándome a través de esta barrera.

Ensangrentado, con las ropas en pedazos, me encontré al fin al lado interior de la barrera; el pobre Nerón había dejado una buena parte de su piel en las espinas y era lamentable de ver. Siguiendo el lecho de un riachuelo casi seco volvimos al pequeño puerto donde se encontraba el "Bylgia" y pronto nos olvidamos de todas nuestras dificultades.

La Señora no tiene más de 0.8 kilómetros de largo y 0.5 kilómetros de ancho. A la hora del almuerzo, navegamos de allí alrededor del islote la Señorita, aún más pequeño, bastante pobre en árboles, hasta la Isla Pedro González, la tercera en tamaño de todas las Islas de Perlas y entramos en un puerto en la costa Este de la isla, en un pequeño islote con el nombre de Trapiche, separado de la isla grande por un canal de medio kilómetro de ancho. A pesar que el islote no alcanzaba a un kilómetro de largo, estaba habitado. Sí, podía enseñar un verdadero pueblecito, compuesto de 7

casas, todas apiñadas en la extremidad baja Sur. Cuando navegando en el canal entre el islote y Pedro González, pasamos por la punta, toda la población del pueblecito estaba reunida en la playa y respondía con alegres gritos y gestos a nuestros saludos. Desembarcamos en un puertecito bien protegido, en forma de medialuna, que después fue llamado Bahía del "Bylgia", por los isleños. La cima del islote, una extensa planicie de unos 30 metros sobre el mar, termina suavemente hacia el Sur; está ocupada por una bella plantación de cocos.

Allí pusimos nuestro campamento y pronto entramos en intercambios intensos con los isleños, quienes durante toda nuestra estadía en Trapiche se manifestaron muy interesados y dispuestos a ayudar, especialmente después que recibieron regalos de pan, tabaco y pólvora y después de habernos vendido a precios exorbitantes carne y huevos. Entre los huéspedes de nuestro campamento estuvieron pronto algunos de los colonos de la isla principal. Sus relatos nos condujeron a hacer una larga excursión, subiendo uno de los ríos de Pedro González.

Como guía teníamos a un mestizo inteligente, considerado uno de los mejores cazadores de la isla. Hicimos el viaje en su bote a través del canal que separa Trapiche de la isla grande, hasta la boca del Río Chorro. Allí tuvimos que dejar nuestra embarcación y continuar a pie, a veces por el lecho mismo del río, que ahora al final de período de sequía estaba completamente seco por largos trechos. Aquí y allá encontramos hoyos más profundos, llenos de agua clara como el cristal. Algunos de éstos tenían un fondo hasta de 10 metros. Tuvimos por lo tanto que darles vuelta y a menudo gateando avanzar entre una espesa y desordenada arboleda y entre matorrales más o menos espinosos y bejuco que cubrían las riberas del río.

Cuando hubimos subido el río unos 4 ó 5 kilómetros arriba, nos encontramos en una ancha planicie, cubierta de selva virgen, mostrando trazas de "rozas" o las llamadas "trochas" en algunos pocos lugares, que ahora ya habían sido recubiertos por una vigorosa vegetación. Especialmente en estos lugares más abiertos se veía una gran cantidad de pájaros. En vano traté de llegar hasta una bandada de papagayos (*Chrysotis albifrons*) de alas azules, ruidosos y parlanchines: estaban siempre muy vigilantes. Un poco más lejos se oían los angustiados tonos de queja de un par de "chichuris" (*Muyozetetes granadensis*) gris-verdes, volando angustiados alrededor de un bello halcón gris azul (*Asturisca plagiata*), que aparentemente tenía la intención de utilizar sus crías como desayuno. El perturbador de la paz cayó y encontré que era un valioso ejemplar para mi colección. En los árboles más altos y más densos se movía silenciosamente un Trogon (*Trogon massena*) de reflejos metálicos, siempre tratando de tener troncos de ramas entre él y yo. Bandadas de pequeñas, graciosas palomas (*Chamepaeli passerina*), no más grandes que gorriones, volando entre los pocos trechos libres y desapareciendo con una rapidez de relámpago, como a un orden de mando, entre las pequeñas ramas o entre los matorrales bajos, tan pronto como nos acercábamos. Gavilanes, buitres y halcones, se mo-

vían con cuidado de sus lugares de vigía en las cimas más altas de los árboles y dejaban oír de vez en cuando un graznido agudo de desagrado, a medida que continuábamos a entrar en el bosque.

Al extremo opuesto de la planicie o al Sur, encontramos otro río, que a pesar de estar ahora seco y ser angosto, nos ofreció agua cristalina. Lo seguimos por algún trecho, cuando de repente un gran pájaro de color claro alzó el vuelo. Cuando lo hube tirado, quedé enteramente sorprendido de encontrar que era un Ibis (*Ibis alba*), que se había aventurado tan adentro en el espeso bosque.

Nos volvimos por fin por el mismo camino por donde habíamos venido. En muchas partes del bosque había palos de cacao (*Theobroma cacao*) con frutas o manzanas de 20 a 30 centímetros de largo, palos de caucho, palmeras de coyol, "palmitos" y árboles de maderas preciosas mezclados con primitivas ceibas o cedros. La isla es rica en especies de maderas de valor que con poco trabajo se podría cultivar para alimentar a algunos miles de habitantes, especialmente en el año en que hay suficiente agua. Por ahora el número de habitantes era más o menos de 100. El largo de la isla del N.O. al S.E. es de 7 kilómetros, su ancho más grande es de unos 5 kilómetros. Es la tercera por el tamaño entre las islas del Archipiélago de Perlas.

En el Trapiche y Pedro González estuvimos seis días e hicimos un rico botín de especies zoológicas, tanto en los bosques como en el fondo del mar. Pero como los isleños comenzaron a importunarnos más y más —tan pronto como yo me encontraba en el campamento acudían en bandadas y me rodeaban pidiendo cura para toda clase de enfermedades, falsas o verdaderas, o me ofrecían en venta toda clase de especies a precios altísimos— decidí levantar el campamento y me prometí ponerlo en el futuro a respetuosa distancia de las viviendas de los humanos.

En Trapiche me encontré con la primera aventura verdadera durante mi viaje a las Islas de Perlas. Una noche, en que dormía solo bajo la carpa —Boström y los marineros habían ido con el "Bylgia" a una expedición de dragado a la punta de Pedro González y no debía volver antes de un día más tarde— me desperté de repente con un corto ladrido de Nerón. Cuando me levanté de la hamaca y tomé mi carabina, encontré afuera al lado de la entrada de la carpa a un negro atlético tirado en el suelo mientras Nerón lo tenía agarrado de la garganta. Agarré al perro por el collar y le di al negro unos buenos golpes con la culata de la escopeta, con lo cual como un conejo asustado corrió hacia el mar y algunos instantes más tarde se hizo a la mar un bote con dos hombres que allí se embarcaron y se pusieron a remar con una rapidez vertiginosa hacia el Norte. Probablemente los dos caballeros habían querido hacer una tentativa para apoderarse de mis armas y de otros implementos.

De Pedro González nos hicimos a la mar acompañados por los deseos ensordecedores de buen viaje de los trapicheños, hacia el Suroeste para buscar un puerto en San José, la isla más al Suroeste y la segunda más grande de las Islas de Perlas. Con una brisa débil pasamos la ancha Perry Bay

y la ancha lengua de tierra que hace la punta Noreste, la Punta de San Carlos. Aquí la costa se hizo por un corto trecho más salvaje y más abrupta. De pronto la costa se volvió baja y tenía un carácter más suave, rodeando una ensenada grande y en forma de medialuna. Allí vimos 5 ó 6 casas rodeadas de raros plantíos de bananos y de palmeras de coco. La punta Sur de la isla está formada de nuevo por un acantilado alto y rudo, batido por las olas y en la cima coronado por un bosque espeso y de color oscuro. El oleaje era aquí muy duro, a pesar que el mar estaba casi tranquilo. La costa Suroeste de la isla es empinada y llena de rocas, mucho menos accesible que la costa Este.

Capítulo VIII

EL ARCHIPIELAGO DE PERLAS

SAN JOSE, SAN MIGUEL

Ante nosotros se alzaba ahora la imponente Isla San José, levantándose sobre el mar en suaves terrazas, revestidas de los más bellos tonos del verde. Desembarcamos en la costa Norte de la isla, en la boca de un pequeño río, donde una “casita” o choza de hojas de palmera abandonada nos dio la esperanza de encontrar un puerto: pero como el río estuviese casi seco y la ensenada también seca con un fondo de grandes piedras y que la marejada fuese fuerte, abandoné la idea de dormir allí, para no exponer el bote, y más bien continué hacia el Sur. La brisa entretanto se había calmado y el sol nos quemaba fuertemente. Esto no hizo más ligeros los remos: por lo tanto no pudimos hacer otra cosa que admirar extasiados el paisaje ante el que avanzábamos lentamente. La costa consistía en majestuosas montañas con cimas sumamente redondeadas, revestidas de bosques jóvenes de color verde-tierno, y entre ellas ostentaban los valles su vegetación lujuriante en todos los matices del verde. Inmensos árboles gigantes centenarios —ceibas, cedros, cauchos— extendían sus amplias coronas como cúpulas contra el cielo, compitiendo en altura con las cimas de las montañas. En estos valles descendían sinuosos ríos más o menos importantes, ahora en este período de sequía separados del mar por altas dunas de arena. Toda la costa, tan lejos como se podía divisar, donde las montañas terminaban en el mar, tenía sus pies cincelados en las formas más curiosas, a veces pilares, a veces conos, a veces las olas habían cavado profundas grutas, a veces nichos, a veces arcadas libres. Estas pintorescas formaciones de piedras, donde el oleaje sordo mantenía perpetuamente una música melancólica, se interrumpían por aquí y por allá con una playa invitadora de arena blanca brillante y palmeras de cocos ricamente adornados de frutas al borde mismo del mar. (Fig. 21).

En una playa como ésta desembarcamos y levantamos nuestro campamento a la sombra de un caoba de más de 50 metros de alto, sobre la playa del Río Cangrejo. El río antes sin nombre, recibió éste después que hube encontrado aquí una especie interesante de Palaemónides. Tan pronto el “Bylgia” estuvo seguro, me ocupé en una excursión de exploración arriba del nuevo río. A unos 200 metros de su boca se incorporaba un afluente

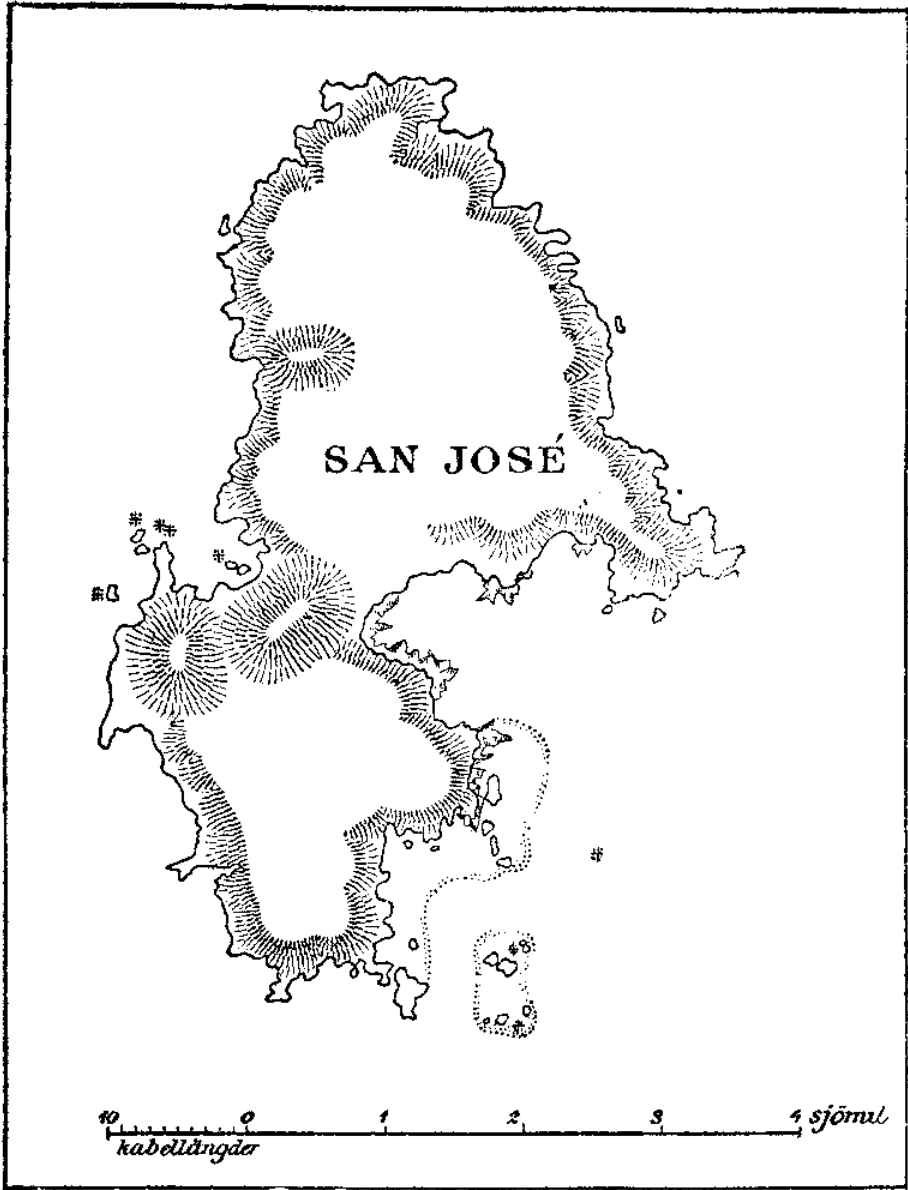


Fig. 21. — Isla San José.

bastante ancho, o más bien un torrente, que tan lejos como yo lo podía seguir consistía en una serie de pequeñas cataratas, de algunos metros de alto. Pero pronto dejé la exploración del afluente para seguir la exploración del Río Cangrejo arriba. Como consecuencia de su pobreza en agua, pude durante largos trechos recorrer su lecho, pero en algunos lugares tuve

que arrastrarme o trepar a lo largo del borde del lecho del río, para poder pasar las numerosas pozas de agua. (Fig. 22).

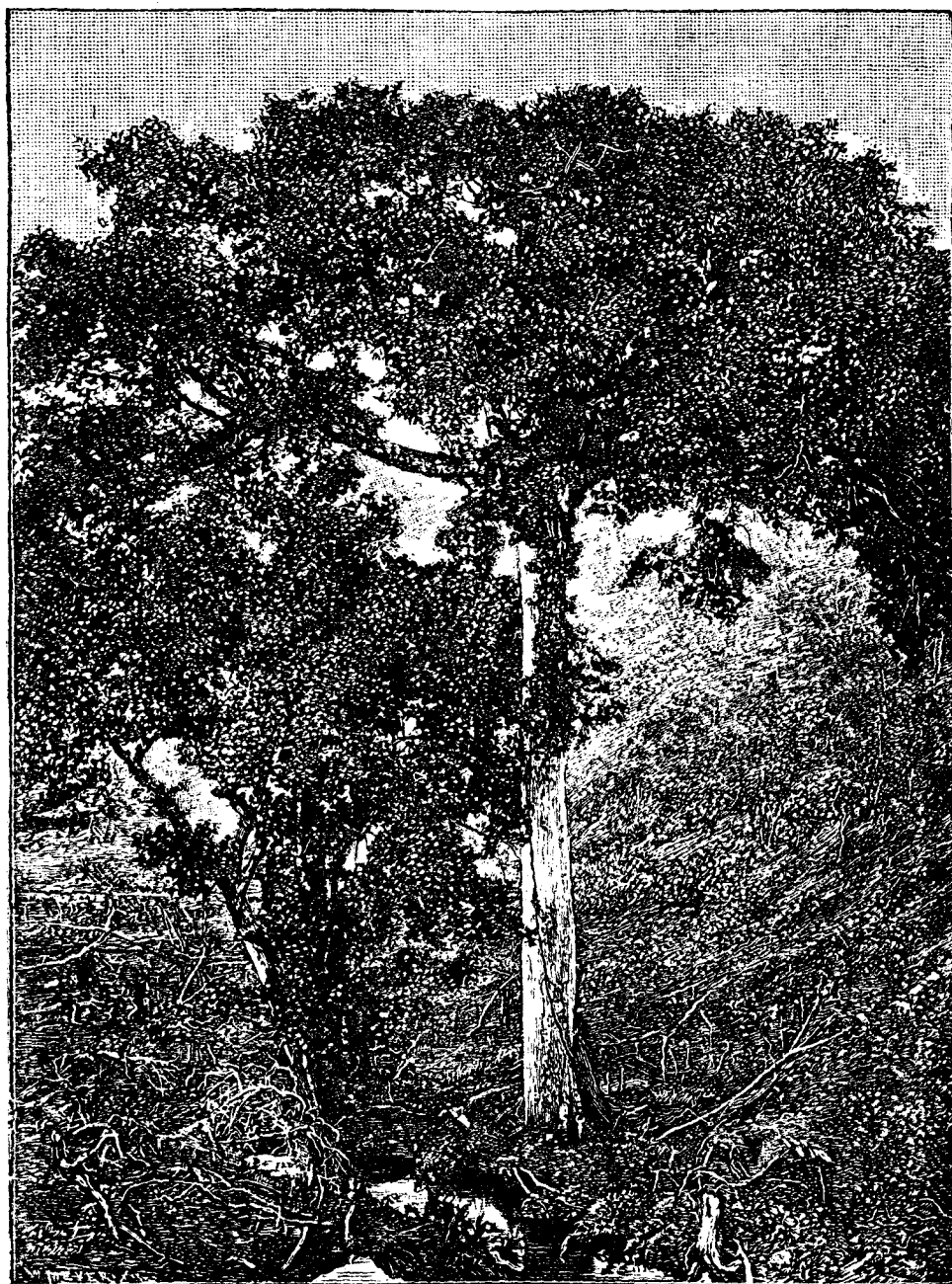


Fig. 22. — Río Cangrejo.

Las playas del lecho del río ofrecían gran variedad, a veces altas, a veces empinadas paredes, revestidas hasta lo alto de cactus de anchas hojas y

de pequeñas palmeras espinosas y arriba por un bosque bastante alto, a veces riberas con inmensos árboles que soportaban bejucos en más fantásticas formas de guirnaldas, desde el ancho de un cabo para coser velas hasta el calibre de los cables más gruesos. Más o menos a dos kilómetros de la boca del río encontré un obstáculo: el lecho del río estaba cerrado por una espesa barrera de cactus, que iban de borde a borde, de más de dos metros de alto. Esta barrera natural no podía tener más de dos meses y ya había alcanzado un desarrollo tan grande, que necesité un buen cuarto de hora para abrirme paso con el machete a través de ella. Pronto desaparecieron los últimos vestigios de agua y me encontré en un barranco, cubierto por un confuso conjunto de matorrales, bejucos y cactus, donde hube de abrirme paso casi metro a metro o gatear bajo una bóveda de cactus y otras plantas tan agradables como ellos. Del lado derecho, a partir de su fuente, tiene el río en su curso superior dos pequeños afluentes. Podía ver recto encima de mí el río desde su comienzo, porque el lecho del río está interrumpido por un paredón empinado de más de 5 metros de alto del cual, en los períodos de las lluvias, el río cae en una pequeña cascada.

La parte superior del río era estrecha y seca, de algunos metros de largo y un gran número de canales pequeños salía encima de la ancha planicie, los que durante el período de las lluvias lo alimentaban de agua. Arriba, en la planicie, todo estaba quemado y amarillento y con las ramas gachas, árboles y arbustos pedían agua.

Al día siguiente tuvimos un fuerte viento del Sureste y el mar se levantó tanto que no había que pensar en hacer una expedición para dragar la costa. Por lo tanto decidí investigar el curso de un río más grande, que desembocaba en el ángulo Norte de la ensenada donde habíamos echado ancla. Era sin embargo mucho menos accesible que el Río Cangrejo, porque cerca de su boca formaba una caída de agua de unos 10 a 12 metros de alto entre dos montañas de 50 a 70 metros, con paredones cortados a pico, tanto hacia el río como hacia el mar.

Salimos temprano en la mañana. Esta vez tomé conmigo a José, con la esperanza de poder tirar cerdos salvajes, cuyas huellas había visto el día anterior en la planicie alta. Bajo la caída de agua, la boca del río, ahora aislada del mar por una alta muralla de arena, formaba un profundo remanso. Hasta allí llegamos fácilmente, pues la marea había dejado la playa en seco y de aquí debíamos comenzar la excursión a lo largo del río. Le propuse a José, que vadeando a lo largo de uno de los lados del remanso, escaláramos a lo largo de la misma catarata, que ahora está casi sin agua, pero él me pidió que subiéramos a lo largo del paredón de la montaña situada al Sur. Porque, me dijo, el remanso seguramente tenía lagartos y después de cruzar la caída de agua bajaríamos inmediatamente hasta el lecho del río. Así lo hicimos y fue una de las expediciones más difíciles y más peligrosas que yo haya hecho.

Comenzamos la expedición ayudándonos de bejucos, matorrales, árboles y raíces como sostén, porque la montaña bajaba casi a pico y, para colmo,

era de un conglomerado de arena friable que formaba la capa superficial, tan friable debido a la sequía, que continuamente se desmoronaba bajo nuestros pies. En estas condiciones proteger la carabina y el saco de caza no era cosa fácil. Muchas veces ayudamos a subir a Nerón, pero al fin éste se volvió atrás, se tiró abajo y desapareció, para reaparecer en algunos minutos más triunfante en la cima de la montaña. Había encontrado por el costado Este un camino más fácil. Cuando nosotros después de muchos esfuerzos habíamos llegado cerca de la cima nos encontramos cerca de 30 metros encima de la catarata y ahora debíamos comenzar a bajar hacia el río. Aquí encontramos una garganta de unos siete metros de ancho o mejor dicho una grieta vertical en la pared de la montaña. José tuvo la buena suerte de alcanzar un grueso bejuco que colgaba de la cima de la montaña y haciéndolo balancear como un columpio, pudo pasar la hendedura. Me tiró el columpio y repetí la misma maniobra.

Nerón había en esto, de una manera misteriosa, pasado encima de la grieta y ahora estaba directamente encima de mi cabeza y aullaba lastimosamente, porque veía que comenzábamos la bajada. En un esfuerzo desesperado para llegar donde yo estaba, perdió pie y me cayó encima, en medio del pecho, entre mí y el paredón de la montaña, con el resultado que el bejuco del cual yo colgaba con la mano derecha se rompió y yo con mi carga me deslizé hacia abajo algunos metros; con la mano izquierda pude agarrarme de otro bejuco, el que ciertamente se zafó un poco, pero felizmente no se rompió. Un pequeño salto en el paredón, cubierto por raíces viejas y matorrales trepadores, me dio pie firme y Nerón se arrastró ahora a lo largo del relieve del paredón y se aseguró tan bien, que ahora podía aullar tranquilamente. Me balancé entonces hasta un nuevo bejuco, hasta el cual pude llegar y me aseguré en un árbol que colgaba encima del río, a no más de 10 a 12 metros de su superficie. Ya no podía yo ayudar más a Nerón, lo que habría producido que nos cayéramos los dos en el río, y en su esfuerzo de seguirme cayó el perro con un montón de piedras y tierra en el remanso bajo la catarata, una caída de más de 30 metros y desapareció debajo de las negras aguas para volver a salir un instante después ensangrentado y resoplando. Continuamos nuestra bajada bajo continuos desmoronamientos del poco consistente paredón.

Cuando habíamos llegado al lecho del río y por lo tanto a la cabeza de la catarata, tuve que ir a ayudar a Nerón para que subiera. Con una cuerda alrededor de la cintura José pudo después subir primero al perro, y después a mí y pudimos al fin comenzar el recorrido del río, que ahora presentaba muy pocas dificultades en comparación con las pasadas.

El Río Grande, cuando tiene completo aporte de agua, debe ser un río bastante imponente. Incluso ahora era tan profundo durante largos trechos que no podíamos pensar en avanzar vadeándolo, sino que tuvimos que arrastrarnos a través de la vegetación espesa y llena de espinas de sus riberas. El curso inferior del río tiene, en su mayor extensión, un ancho de 20 metros, pero a veces se encuentra estrechado entre dos escarpadas rocas, hasta apenas la tercera parte de esta anchura. A cuatro kilómetros de su

boca tiene aún un ancho mediano de 15 metros. Corre tranquilamente durante la mayor parte de su curso, aunque con dos pequeñas cataratas cerca de su fuente. Después de haber avanzado río arriba más de cinco kilómetros y siguiendo el costado Norte de la montaña que rodeaba la boca, llegamos de una manera bastante fácil hasta la playa. Aquí nos encontramos con el paso cerrado. La marea que subía había cortado nuestra comunicación con nuestro campamento y no hubo otra salida que regresar a nado.

Pasamos tres días en San José, la más maravillosa de las Islas de Perlas y nos habríamos quedado con seguridad más tiempo, si la vecindad de la temporada de las lluvias no nos hubiese forzado a apurar el viaje. San José tiene 13 kilómetros de ancho y siete de largo; es especialmente rica y está cubierta de frutas, en algunos de sus valles se puede cultivar el cacao con beneficio, sus montañas y altas planicies están cubiertas de árboles de gran valor, tales como caucho, caobos, árboles de maderas preciosas y valiosas palmeras. La abundancia de ríos hace que sea fácil cultivar la tierra. Y esta gran isla, que bien podría alimentar 10.000 habitantes, no tiene ahora ni un sólo colono!

Con verdadera nostalgia dejé "la perla de las Perlas" y puse rumbo hacia el Este para visitar y navegar alrededor de la "Isla del Rey" o San Miguel. Una fuerte brisa nos vino al encuentro inmediatamente y tuvimos dos horas de lucha contra las furiosas olas del Océano Pacífico. Cuando el viento comenzó a amainar, nos encontrábamos a la altura del grupo de Islas Moreno, donde no pudimos sin embargo desembarcar, pues el oleaje entre los islotes era demasiado violento y la corriente tan poderosa que pudimos salir sanos y salvos de las numerosas rocas solamente con dificultad. Hicimos rumbo por lo tanto hacia la Punta Gallinazo, en el medio de la isla, para encontrar un puerto allí o en la desembocadura del Río Pérez. Pero en vano, el oleaje era demasiado violento.

Nos hicimos a la vela hacia el Sur, tan cerca de la costa como posible, y pasamos después una playa baja, plana, rica en palmeras de coco, que por lo demás está sólo cubierta por un bosque pequeño. Detrás se levantaba el interior de las tierras, con bellas montañas cubiertas de bosques, formando una cadena alrededor de la isla. En vano buscamos entrar en el Río Palenque y en el Río Sucio, después de haber navegado alrededor de una punta de piedras casi deshechas por el mar. Este trecho de la costa de San Miguel no es de lejos ni tan pintoresca ni tan magnífica como la costa Este de la Isla de San José y aparentemente no tiene grandes bosques. Han desaparecido como resultado de la bárbara costumbre de quemar, haciendo "la trocha", que se practica en estas regiones tropicales y que a menudo degenera en devastadores incendios de bosques.

El viento había completamente amainado para entonces, de manera que tuvimos necesidad de coger los remos para pasar la Punta Cocos, la extremidad Sur de la isla. Es particularmente pintoresca, negra y despedazada con claras trazas de su larga lucha contra el mar. El oleaje se alzaba a

más de 20 metros encima de las rocas y las olas eran tan altas que cuando estábamos en la hondura de las olas no podíamos ver los acantilados, altos de 30 a 40 metros, a pesar que estábamos a menos de un kilómetro de distancia de la tierra.

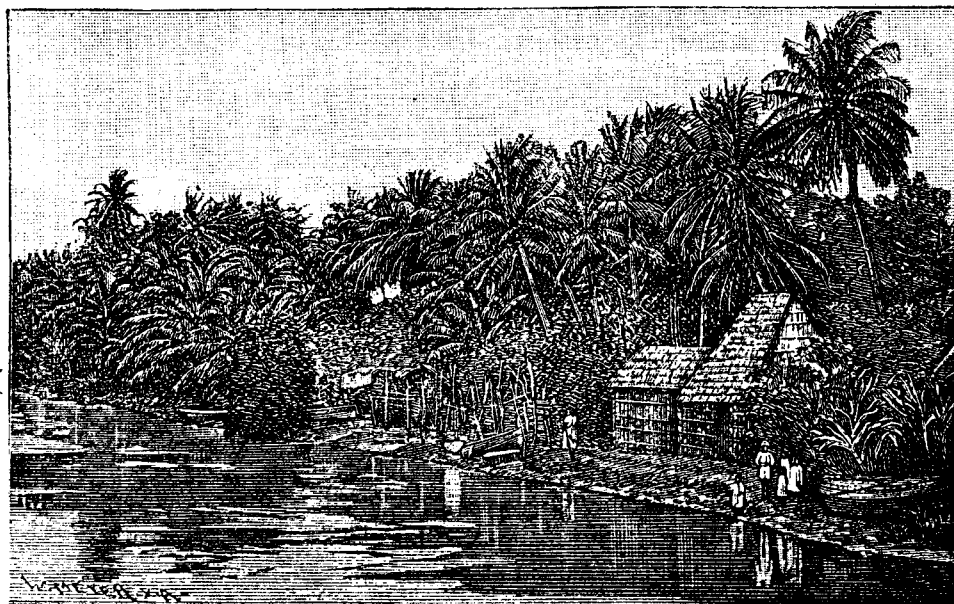


Fig. 23. — Vista de la Bahía de Tycho.

Después de haber dado vuelta alrededor de la punta nos encontramos en su lado Norte una playa de blanca arena, invitadora, bien defendida del mar, larga, de bajos relieves y de altas palmeras. La bahía, que es grande y particularmente bella, recibió el nombre de la Bahía de Tycho, porque era el 29 de Abril, en agradecido recuerdo del profesor Tycho Tullberg, de Upsala, quien hizo incansables esfuerzos, en la medida de sus facultades, para facilitar el éxito de mi viaje. (Fig. 23).

En la playa encontré una pequeña colonia, cuyo hombre principal, Don Federico Revilla, o mejor dicho su mujer, era la personalidad que mandaba en el pequeño pueblo. Con los habitantes del pueblo nos encontramos desde el comienzo en la situación más amistosa y nos aprovisionaron, durante los días que allí pasamos, suficientemente con víveres a precios módicos. La vecindad del pueblo se llama como la misma punta, Punta de Cocos, y se extiende unos 4 kilómetros a lo largo de la larga y estrecha península, que forma la parte Sur de la Isla de San Miguel. Esta península es poco común en su forma. Tiene más de 9 kilómetros de largo y en ninguna parte alcanza a 2 kilómetros de ancho. En todo su largo se levanta una baja cadena de montañas, alzándose de manera bastante abrupta hacia el Oeste y hacia el Sur, pero bajando hacia el Oeste dulcemente hasta una rica playa, cubierta de frutas o más bien hacia una banda de playa con la vegetación más placentera que se pueda imaginar.

Inmediatamente al Sur de la punta, que se proyecta más hacia el Sur, se encuentra un pequeño, alto y negro islote, el Nerón, cubierto por unos 50 árboles, batidos por el viento. Es de unos 250 metros de diámetro y no se encuentra descrito en ninguna carta. Le di la vuelta a remos, investigué la profundidad del canal entre el islote y la Punta de Cocos y lo marqué sobre el mapa.

La punta misma tiene en el costado gris-negro de la montaña, una majestuosa caverna cavada por el mar y enteramente redonda. Sus paredes suben verticalmente hasta la cima de la montaña, donde está coronada de majestuosos árboles, que parecen en todo instante a punto de caer en el abismo. El diámetro del hoyo es de 100 a 120 metros, sus paredes tienen una altura de unos 100 metros, la boca del mar no es de un ancho mayor de 40 a 50 metros, con el mismo ancho desde el nivel del agua hasta la cima de la montaña. Con la marea baja o la marea alta su fondo está ocupado por un tonante oleaje y un velo brillante de perlas de agua, que cambia en cada instante, flota continuamente en su superficie.

A pesar que la Punta de Cocos no tenía más de 16 habitantes, grandes y chicos, mi provisión de medicinas y de tabaco tuvo tal demanda, que me preparé a seguir el viaje más pronto de lo que había pensado, a pesar que el lugar era muy bueno para enriquecer mi colección.

Si mis municiones no hubiesen sido tan escasas, podría haber hecho un rico botín, especialmente de pájaros que ululaban en bandadas, especialmente, con la subida de la marea, pelicanos, garzas, ibis, zarcetas y más de 10 especies de vadeadores de menor tamaño. En la playa, una bella laguna de agua dulce, un poco más lejos hacia el Norte, era el lugar ideal para patos de diferentes especies y en sus bellas riberas había muchas palomas y aves, como Penélope y otras. Naturalmente había un número correspondiente de aves de rapiña, y muchas de ellas se distinguían por su traje de plumas casi severo.

Esta laguna habría sido un maravilloso lugar de baños, si no hubiera sido por el gran número de cocodrilos. No vi ciertamente ninguno que tuviese más de tres metros de largo, pero éstos podían también ser molestos en el agua, si bien es cierto que en tierra no se atreven a atacar a un hombre.

La bahía de Tycho es habitualmente rica en peces, y particularmente cuando la marea sube, tienen los isleños una rica pesca. Se hace de la manera siguiente: El pescador se coloca un buen trecho adelante de la playa, que baja progresivamente, armado de una larga cuerda provista de un fuerte anzuelo y una pesada bola de plomo un par de decímetros encima del anzuelo; como carnada se usan gusanos, moluscos o las partes blandas de pequeños cangrejos. Cuando la marea sube, el pescador tiene el anzuelo levantado y echado hacia atrás con la cuerda enrollada y dándole vueltas por encima de su cabeza lo lanza en el agua como un lazo. Algunos de los peces más grandes que persiguen a los pequeños, siguiendo la marea, cogen generalmente el cebo y son tirados inmediatamente con un fuerte

tirón sobre la playa. Un nuevo cebo se prepara, el pescador da de nuevo un paso hacia atrás y tira de nuevo su anzuelo. De esta manera puede un hombre sacar 10 ó 12 grandes y bellos pescados en esos mismos minutos. Los pescados se secan al sol después, y a pesar de que la pesca es fácil y divertida, los isleños son demasiado perezosos para pescar, antes de que la provisión seca se haya terminado. Tampoco muestran ninguna iniciativa en los otros ramos de la alimentación, tienen algunas vacas, pero no las ordeñan, tienen algún ganado, pero como los numerosos cerdos, tienen que alimentarse ellos mismos en el bosque. Otros animales domésticos son los perros y las aves. Sólo cultivan algunos ñames y recogen lo que necesitan de cocos, bananos, mangos, guayabas, y otras frutas, que aquí se dan en exceso. Todos son negros o mezclas de negros, con dominante sangre negra.

En la mañana del 2 de Mayo nos alejamos de Tycho Bay, preparados para una larga navegación y para un día caluroso. Después de haber costeadado la pequeña península hasta su comienzo y después de haber pasado las bocas de los dos pequeños ríos, Limón y Cacique, cambiamos de rumbo y nos dirigimos hacia Calera, una pequeña isla, casi redonda y cubierta de árboles, que es la isla situada más al Sur en el archipiélago. Pero el oleaje era tan fuerte en sus playas que era imposible desembarcar. Cambiamos entonces el rumbo hacia el Norte y pasamos entre San Elmo y San Elmenito. La primera es una isla bastante grande, más o menos tan grande como la Isla Chaperera, de 2.3 Kms. de Este a Oeste y casi dos kilómetros de Norte a Sur. Su Costa nos hace recordar la Isla Pacheca, con sus paredones bastante abruptos, separados por costas en terrazas. Cómo Pacheca es el lugar de cría de pelicanos y corvejones. El lado Norte de la isla descende suavemente y tiene una rica vegetación, haciendo gala de playas planas, que invitan a recorrerlas y cubiertas de bosquecillos de palmeras de cocos.

San Elmenito es de nuevo tan sólo un conjunto de piedras con pocos árboles y algunos matorrales. En el cual encontramos una corriente tan fuerte que tuvimos un arduo trabajo, ayudándonos con los remos, para conseguir llegar a la costa de San Miguel. Esta parte de esta gran isla es particularmente pintorescas con altos farallones libres de piedra, de 30 a 50 metros de alto, y entre ellos bellas playas y rientes valles. Al interior de la isla se levantan montañas majestuosas, de densa vegetación, cónicas, de una altura bastante importante. Más lejos al Norte, los farallones de la costa son más altos, los valles más angostos, las montañas del interior toman más grandes proporciones y se encuentran más cerca las unas de las otras. Inmediatamente al Sur de Punta Gorda los farallones de la costa se retiran un poco al interior y dejan una estrecha banda de playa, en la que desembocan tres pequeños ríos.

Habíamos ahora dejado atrás, al Suroeste, la Isla Caramote, una roca de piedras, solitaria, redonda, y algo al Norte, la Isla Monge, tres rocas planas tan desnudas que de ninguna manera podrían dar asilo ni siquiera a pájaros marinos. Tan pronto pasamos Punta Gorda se abrió la vista sobre el canal, al comienzo ancho, más lejos más estrecho, que separa la Isla de Puercos y la Isla Cañas de San Miguel.

La Isla de Puercos es una isla de las más pequeñas, montañosa y con bosques: en su costa Oeste vimos algunas chozas rodeadas de palmeras. Tiene más o menos 1.5 Kms. de largo y 1 kilómetro de ancho. La Isla Cañas es bastante grande, más o menos tan grande como la Isla Bayoneta y al contrario de ésta, bastante bien poblada, especialmente en su costa Oeste. Es alta, con una rica y variada vegetación. Las playas a lo largo del canal son especialmente bellas con abundantes ensenadas escarpadas. En la extremidad Norte de la isla avanza, dentro del canal, una baja península que forma una pequeña ensenada encantadora, con la vegetación más lujuriente, hasta el borde del agua. Era tentador desembarcar allí, pero como el viento era favorable continuamos nuestro viaje al Norte. La parte más central del canal forma un angosto estrecho con bordes empinados.

Después de haber pasado la Punta Changamé, un par de kilómetros al Norte de la extremidad Norte de la Isla de Cañas, navegamos a través de un pequeño grupo de islotes, pequeños, bajos, de rica vegetación con bellas ensenadas y canales: se llama Los Santos. Aquí, como en el canal de Cañas, tenían los filibusteros, al fin del siglo XVII y al comienzo del XVIII, una guarida muy apreciada; aquí tenían buenos puertos entre los islotes, donde podían descansar después de sus batallas, y excelentes playas, donde podían carenar sus navíos en seco y también podían de aquí estar al acecho de los galeones que venían del Perú y de Chile, cargados de riquezas. Muchas luchas sangrientas se han peleado entre estos rientes islotes e islas.

Las dos islas San Pedro y San Pablo, situadas un poco más lejos hacia alta mar, son por sus formas altas, simétricas y cónicas, excelentes señales para la navegación, tanto para aquellos que buscan el canal de Cañas y el grupo de Los Santos, como para los que entran en Panamá. Se les nombra también a menudo en los relatos de Dampier y de sus secuaces, de sus peleas y de sus locas expediciones en la Bahía de Panamá.

Apenas habíamos dejado Los Santos atrás, cuando el viento cesó y tuvimos que buscar asilo para la noche en una larga ensenada en la Punta Matadoro. En la mañana no soplabla viento, por lo que allí permanecimos y llegamos a las cercanías de San Pablo, por lo cual buscamos de nuevo un puerto para esperar la subida de la marea. Esta nos condujo confortablemente a lo largo de la Bahía de Changamé y de sus seis o siete islas. Cuando hubimos llegado a la más Norte de éstas, encontramos la ciudad de San Miguel a la vista y desembarcamos pronto entre unos 50 botes más o menos grandes, el más grande siendo alrededor de 40 pies de largo, armado y aparejado como goleta de mástiles iguales, pero con el foque delantero habitualmente sin amarres.

La ciudad se extiende al final de un montículo empinado, se ve bien desde el mar y da la impresión, cuando se le ve de más cerca, de limpieza y confort tropical. Naturalmente vi por muchas partes en las casas construidas con troncos de palmera, cerdos, aves y los miembros humanos de la familia en la más encantadora armonía, sentados o acostados en el suelo, que consistía en tierra apisonada, pero todos los habitantes, que llevaban

ropa, la tenían del más immaculado lino y donde había algunas ropas más, incluso éstas eran irreprochables. Los utensilios domésticos, calabazas y tinajas, descansaban delicadamente labradas en sus repisas y un lustre desacostumbrado de bienestar cubría toda la ciudad.

La vivienda consistía habitualmente de algunos bancos bajos y algunas tarimas más altas o camastros, algunas cortas hamacas y un hogar, más o menos bien construido. Los utensilios consistían, en primer lugar y en el último también, en el inevitable machete, un cuchillo de faena, ancho, un poco corvo, de dos pies de largo, que sirve de arma de defensa, de pala, de hoz, de hacha y de instrumento para todo: hasta vi a un negro ocupado en limpiarse las uñas de los pies con este gigante entre los cuchillos. En un cobertizo abierto estaba otro negro ocupado en machacar maíz. Golpeaba el maíz, que formaba un montón de 1 metro 50 de alto, en una "canao" o mortero de un metro de ancho, con golpes de un pilón de caboa, parecido a la maza de Hércules. Unos cincuenta muchachos desnudos yacían des-parramados alrededor y admiraban la prodigiosa fuerza muscular del negro.

La ciudad tiene alrededor de 300 casas, la mayor parte construidas de troncos de palmera y con techo de hojas de palmera, pero muchas de estas casas de palmas, estaban construidas con mucho cuidado y parecían, a la vez sólidas y elegantes. También hay cinco o seis casas de tablas, con sus ventanas verdes o rosadas y su techo de tejas resaltaban chillonas contra las chozas grises y verdes, aunque no exactamente a su ventaja. La iglesia, grande y espaciosa, se encuentra entre un grupo de chozas y ningún signo exterior indica su empleo.

La población de la ciudad alcanza a novecientos o mil habitantes, la gran mayoría mezcla de negros o negros puros y algunos pocos criollos, los cuales son comerciantes.

Cuando hube satisfecho nuestras necesidades en provisiones, nos hicimos a la vela hacia la Isla Afuera, situada frente a la ciudad, pero como el viento fuese un duro Norte y el puerto malo, continuamos y pasamos bajo el pequeño islote Cangrejo, donde nos encontramos con un bello espectáculo. Varios centenares de pájaros tropicales (*Tachypetes aquila*) tenían allí sus nidos y formaban una nube oscura encima de nuestras cabezas, perezosamente planeando con sus poderosas alas. Los viejos machos de color negruzco, con los buches bajo el pico intensamente rojos de color vivo, fuertemente inflados se dejaban llevar majestuosamente, mientras volaban en lo alto encima de la bandada de pájaros jóvenes blanco-gris. El islote era muy difícil de abordar, a la vez debido a las abruptas paredes y al fuerte oleaje. Entre tanto, el viento había refrescado, de manera que debimos tomar dos nudos de la vela principal; ensayamos ahora de llegar a lo largo de la Isla Bavarena para encontrar un puerto y al mismo tiempo para tener conocimiento de la nueva isla.

Como la corriente era fuerte contra nosotros y el viento y el mar crecieron a cada instante, de manera que pronto nos encontramos en pleno hu-

racán, decidí vaciar de agua el bote y pronto encontramos un tranquilo puerto en una ensenada de nuestra vieja amiga, la Isla Viveros. Durante la noche tuvimos una fuerte lluvia; era una señal de apurar el regreso. Al día siguiente llegamos también en buen estado a la Isla Saboga, tomamos a bordo nuestros barriles de alcohol e hicimos campamento en una ensenada en la costa Norte, para emplear un par de días en empacar mis colecciones y después volver a Panamá vía Chepillo.

Antes de abandonar el Archipiélago de Las Perlas, voy a citar lo que Dampier, uno de los más antiguos y seguramente uno de los mejores conocedores que han descrito estas tierras, tiene que decir de ellas (*Voyage Around the World*, Vol. I). Cuando las visitó en 1681-1683 era miembro de una de las más famosas expediciones de filibusteros en el Océano Pacífico.

“Las Islas del Rey son muchas islas bajas y cubiertas de bosques; están situadas al NNO $\frac{1}{4}$ N. y al SO. $\frac{1}{4}$ S. La distancia de la tierra firme es de unas 7 leguas. Su largo todas juntas es de 14 leguas. La distancia de Panamá es de unas 12 leguas. No sé por qué se les llama las Islas del Rey. En los mapas se les llama a menudo, casi siempre las Islas de Perlas. Pero no puedo tampoco decir por qué se les da este nombre, porque nunca he visto una ostra en la cual se encuentre perlas, ni siquiera una vez una concha de ostras. La isla más al Norte se llama Pacheca, es una pequeña isla a 11 ó 12 leguas de distancia de Panamá. La isla más al Sur se llama la Isla de San Pablo. No sé si muchas más de estas islas tienen nombres propios, a pesar que conozco muchas que las sobrepasan en tamaño.

En algunas de estas islas se cultivan bananos y plátanos y en otras hay campos de cultivo de arroz. Los aristócratas de Panamá son propietarios de estas islas, mantienen aquí negros para cuidar sus plantíos y para crear nuevos. La mayoría de estas islas y en particular las más grandes están enteramente sin cultivar. Sin embargo la tierra es aquí buena y negra y hay riqueza de grandes árboles. Es a estas islas sin cultivar que los negros esclavos fugitivos, llamados negros Marones, acostumbran refugiarse. En el día se mantienen escondidos en los bosques, pero en las noches salen para saquear las plantaciones.

El canal entre estas islas y la tierra firme es de un ancho de 7 a 8 leguas y no es tan profundo que no se pueda echar ancla donde uno quiera. Las islas se encuentran muy cerca las unas de las otras, por lo cual hay muchos canales estrechos y profundos, pero en la mayoría sólo pequeños botes pueden navegar. Más o menos a una legua al S.O. de la Isla de San Pablo se encuentra un lugar apropiado para carenar la quilla de los navios; se llega allí a través de un buen y hondo canal, que se abre al N. (el canal de la Isla de Cañas descrito más arriba). La marea sube allí verticalmente hasta 10 pies de alto”.

Cuando todos nuestros tesoros fueron examinados, marcados y empacados, dijimos adiós al Archipiélago de Perlas e hicimos rumbo hacia Che-

pillo; pero debido a la calma chica y a una corriente contraria no alcanzamos a llegar hasta el crepúsculo y echamos ancla en mar abierto. Poco antes de la salida del sol, el día siguiente, habíamos alcanzado a llegar muy cerca de la isla y fuimos recibidos por los bien conocidos llamados matutinos de las garzas. Chepillo es bastante ondulada, con una montaña redonda de 40 a 50 metros de alto en el medio, cubierta por todas partes de bosques y con playas adornadas por airosas palmeras. La salida del sol nos mostró un panorama magnífico: entre las cimas de los árboles parecía colgar una guirnalda blanca, que con los primeros rayos del sol tomó un brillo plateado cegador. Cuando llegamos cerca de la tierra se levantó toda esta guirnalda en ondulantes ramilletes y sobre nosotros se extendió una nube de majestuosas garzas blancas, que un instante más tarde desaparecieron, como sopladas por el viento. Las playas de la isla muestran muchas formaciones de curiosas grutas, portales de rocas "clavos" y columnas, señales de la fuerza furiosa de las olas; el mar a su alrededor cercano está también lleno de arrecifes y de rocas a flor de agua, de manera que la navegación a vela es allí bastante peligrosa, incluso para los botes de fondo plano. Todo el lado Sur de la Isla Chepillo, aunque ondulado, es bastante bajo. Allí no se encuentran viviendas, pero en el costado Norte de la montaña vive una densa población de más de 50 casas. Ya Dampier habla con entusiasmo de los cultivos de la isla y de su riqueza en deliciosas frutas, y a pesar que desde los pasados doscientos años no ha hecho ningún progreso, sino que más bien ha desmejorado, todavía es uno de los jardines frutales de Panamá.

Al atardecer debimos dejar Chepillo, pues un violento viento Sur hacía peligroso nuestro puerto. Cuando por fin pudimos salir de la ensenada donde habíamos dormido, a pesar del alto oleaje, tuvimos que pasar una noche llena de peligros, entre el oleaje y el fondo, alrededor de la isla bajo una lluvia continua y un tiempo muy tormentoso.

A la salida del sol la tormenta y el mar se habían calmado y nos dirigimos hacia adelante con la corriente, con mucho cuidado. Era un paisaje maravillosamente bello el que se alzaba ante nuestros ojos, mientras el sol disipaba la neblina, después de la fuerte lluvia de la noche.

La grande y bella Bahía de Panamá lucía a nuestro alrededor su faz brillante como un espejo, plácida y lentamente agitada por largas olas venidas del Océano Pacífico, rodeada de playas decoradas de verde vegetación o azuladas y lejanas. Al Sur se dibujaba débilmente una cinta de las Islas de Perlas, al Oeste se alzaban Otoque y Taboga, con sus cimas encima de las olas; lejos, hacia el Norte, se dibujaban las líneas suaves del Cerro de Ancón y al Oeste se veían, detrás de las playas sinuosas, las cimas azuladas de la poderosa cadena de los Andes. Estas cimas no son ciertamente muy altas, pero muy decorativas por sus formas simétricas y bellos efectos de luces. Más lejos en el horizonte asomaban las formas poderosas de algunas montañas costeras de anchos ramales.

Teníamos ahora una pequeña brisa del S.O., pero pronto comenzó a levantarse en el N.O. un paredón de nubes azul-oscuro, se volvió más y más denso

y más largo, se levantó más alto, incesantemente cruzado de relámpagos, hasta que pareció ser un enorme bloque de rocas colgando sobre la ciudad de Panamá y preparado a machacarla en cualquier momento.

La iluminación oblicua bajo la nube delineaba los objetos de manera tan precisa que se podía creer que en un abrir y cerrar de ojos habíamos sido transportados algunos kilómetros. En particular la bahía en las vecindades de Panamá viejo era bella de observar. La vieja torre masiva en ruinas, la única que se encuentra en pie en la ciudad, antes tan próspera, era verdaderamente digna de admiración con su brillo melancólico. En el Oeste el cielo estaba claro y brillante. De repente pudimos reconocer la fuerza de los sombríos poderes: una fuerte racha de viento del Noreste nos alcanzó, seguida de un chubasco. Estábamos preparados y la utilizamos en nuestra ventaja, pero era curioso navegar a vela muy cerca del viento con las altas olas en popa: éstas también golpeaban de vez en cuando la borda baja.

Con dos o tres rachas de viento llegamos pronto a Panamá y a mediodía podíamos arriar nuestra orgullosa bandera y nuestra vela, después de casi dos meses de nuestra expedición investigadora, en suma bastante llena de éxito, en el Archipiélago de Perlas.

Capítulo IX

CHAME, PUEBLO NUEVO, OTOQUE

Durante mi estadía en el Archipiélago de las Perlas había tenido lugar una de las casi periódicas tentativas de revolución en Panamá. Un cierto Coronel Núñez había ganado de su lado la mayor parte de la guarnición de la ciudad y aprovechando la ausencia del Presidente Cervera, en un viaje de inspección, había hecho estallar un pronunciamiento. El rumor nos había llegado ya en Chepillo, pero no nos pusimos particularmente inquietos porque habíamos oído a algunos de los hombres más importantes de Panamá, hablando de las continuas revoluciones, declarar que los colombianos sólo cuando les hacían falta otros blancos disparaban contra los extranjeros y que habitualmente se contentaban con tirar algunas salvas a través de la plaza y a lo largo de las calles principales y que pocas balas alcanzaban a detenerse en cuerpos humanos, la mayor parte en las murallas y en las ventanas. A nuestra llegada a Panamá la tranquilidad había vuelto, la ausencia del presidente había sido prolongada algunos días más de lo pensado y el General Núñez (durante este tiempo había ascendido en rango) no había tenido dinero ni elocuencia suficientes para mantener la revolución en marcha durante tantos días. Por lo tanto las fuerzas armadas recibieron a Cervera con "vivas" y Núñez desapareció, aparentemente para repetir la operación un poco tiempo después.

Pero no sólo las dificultades políticas habían amenazado Panamá. La ciudad había sido visitada por una plaga mucho más seria y más temible: la viruela. Se propagaba allí desde más de un mes con una fuerza poco a poco creciente y se decía en voz baja, porque no se atrevían a afirmar en voz alta, que la fiebre amarilla, ese ángel exterminador de los trópicos, había ya hecho su aparición en la ciudad y que cada día había más víctimas. Oficialmente, sin embargo, se negaba que ambas enfermedades existiesen, probablemente para impedir que las acciones del canal bajasen en la bolsa y también para no despertar el pánico entre los trabajadores.

En estas condiciones no era aconsejable quedarse en la ciudad más tiempo de lo necesario y después de haber empleado una semana en poner en orden y empacar mis colecciones dejé de nuevo Panamá para navegar con el "Bylgia" a lo largo de la costa Oeste de la bahía, Chiriquí y Costa Rica hasta Punta Arenas y el Golfo de Nicoya. José Rúa era aún mi primer

marinero, como segundo había enganchado a un chileno, llamado Isidoro Marco. Por vapor había enviado de antemano mi equipaje más pesado, para hacer en la medida de lo posible más liviano al "Bylgia" durante el largo viaje.

En Naos me quedé un par de días, donde el Ingeniero Rothe, e hice allí en su compañía un paseo al Río Caymito, un río que en Panamá y en sus alrededores tiene fama por ser un nido de cocodrilos. Un grupo de amigos de un empleado de la compañía también había visitado ese lugar un mes antes y allí, de acuerdo con el relato de sus historiadores, había matado más de cincuenta lagartos.

Como no hubiéramos dejado Naos antes de las 7 de la mañana, llegamos a la ensenada de Chorrera, donde el Caymito tiene su boca, sólo cuando la marea en retiro hacía imposible pasar la barra de arena en la boca del río. Por lo tanto debimos esta vez abstenernos de la guerra de exterminación de los cocodrilos y fuimos en cambio, mientras esperábamos la marea, por tierra, a una pequeña isla en la Bahía de Chorrera, donde hicimos una caza intensa de vadeadores y de pájaros de mar. Con la marea llegamos al Río Caymito. Los palos de mangle cubren estas playas tan largo río arriba, como llega el agua salada con la marea alta, o más o menos tres kilómetros. Detrás de la valla de halófilos se alza una vegetación de grandes árboles, especialmente rica en palmeras. A una distancia, más o menos de un kilómetro y medio se encuentra el pueblo o aldea de Chorrera, un conjunto de chozas de hojas de palmera, rodeado de plantíos de bananos.

De larga distancia vimos desde el bote, por aquí y por allá, cocodrilos que flotaban, tan sólo con la cabeza y la larga nariz sobre la superficie del agua, parecidos a troncos de madera o ramas, pero que tan pronto como el bote se dirigía hacia ellos, desaparecían inmediatamente. Seguramente guardaban recuerdo fresco del terrible baño de sangre que recientemente había tenido lugar allí mismo. Sólo tres pudimos tirar. Si hubiéramos tenido ocasión de esperar la marea río arriba, hubiera sido nuestro botín bastante más grande: mejoró el resultado unos 30 grandes pájaros que tiramos en nuestro viaje de regreso.

Temprano una mañana levantamos ancla y dejamos Naos para navegar hasta Punta Arenas. Debido a que había completa calma, debimos buscar un puerto, antes que la marea se pusiese a subir, para no ser llevados de nuevo de vuelta a Panamá. Por lo tanto con la ayuda de los remos buscamos refugio en la boca del Río Perequete. Aquí había sin embargo una marejada tan fuerte en la playa, que para poder guiar el bote en el estrecho canal entre los bancos de arena, tuve que mantenerme parado en la proa y defender la quilla con el pie. Justamente cuando estábamos en lo peor de las hirvientes olas, saltó un remo y el bote dio media vuelta: caí de cabeza en el agua. Apenas había yo vuelto a la superficie cuando Nerón, que había saltado al agua un instante después de mí, con una fuerte presión de sus mandíbulas, me había cogido del brazo y triunfalmente nadaba hacia el bote. Era también tiempo justo para volver a bordo, porque

apenas habíamos alzado a Nerón dentro de la baranda, cuando Isidoro se puso a gritar: “Tiburón, tiburón”; era un tiburón y apenas a treinta metros de nosotros se veía la alta aleta triangular de uno de estos peces de presa. Entramos felizmente en la boca del río.

En la mañana siguiente teníamos calma y lluvia y no pudimos llegar más lejos que la Bahía de Chamé, donde echamos ancla, entre la punta de Chamé y la Isla Tabor. La Punta de Chamé es la punta extrema de una lengua de tierra, de forma curiosa, larga, estrecha, arqueada en forma de arco, que se extiende desde la boca del Río Chamé unos 15 ó 16 kilómetros al N.O., mar adentro. Su ancho más grande en la última mitad de su gran longitud no es más de 300 metros. Es baja, enteramente de arena, y cubierta de una espesa vegetación de arbustos, mezclados con algunas pequeñas especies de árboles de muchas espinas. Cerca de la base de la larga península o en su arco de apoyo, se alza el Cerro del Tigre, ovalado y cubierto de bosques, de 150 o 200 metros de alto. Detrás de él se alza de nuevo un alto, magnífico nudo de cerros, el Cerro de Chamé, con ramales al Sur y al Oeste. En la boca del río se encuentra el pueblo bastante grande de Chamé, con 1.200 o 1.500 habitantes. Como no podíamos llegar allí con el “Bylgia” y como el camino fuera demasiado largo y difícil nos abstuvimos de una tentativa de aprovisionarnos allí de diferentes artículos de alimentación necesarios. En el anochecer comenzó a soplar un fuerte viento del Norte y a pesar que la bahía no era muy ancha, se levantó pronto un duro mar picado. Para quedarnos más seguros dejé el bote de socorro, que era el mayor peso, irse al fondo como un ancla de socorro.

A la mañana del día siguiente levantamos ancla antes de la salida del sol y nos encontramos al amanecer fuera de la Punta Chamé, a una distancia de 50 a 70 metros, llevados por una débil brisa del Oeste, cuando una multitud de negros armados de fusiles y machetes se apareció en la punta, viniendo de la parte interior de la península. Al mismo tiempo apareció otra, igualmente armada, por el lado externo de la playa. Habían seguramente pensado sorprendernos en el lugar donde habíamos echado ancla y nos gritaron de volver a tierra. Como yo pensé que no era indispensable obedecer sus órdenes, comenzaron a hacer fuego con sus armas. Pero como tiraban mal y aparentemente tenían malas armas, sus balas no nos hicieron ningún daño: la bala mejor dirigida atravesó la vela mayor. Cargué mi rifle especial, dispuesto a contestar el fuego, antes que el bote o alguno de los míos hubiese sido alcanzado por una bala. Mis valientes marineros se agacharon al fondo del bote, gritando: “Ladrones, ladrones”. Muy pronto aumentó la distancia de la tierra y los tiros cayeron más y más lejos. Esta aventura fue, sin embargo, un aviso para nosotros de tener más cuidado en el futuro con el lugar escogido para campamento y lugar de ataque: si esta bella compañía nos hubiese sorprendido durante la noche, no habríamos salido de esta aventura con nuestra piel tan intacta.

Todo el día reinó calma completa y lluvia, de manera que en la tarde no habíamos alcanzado más lejos que el Cerro Chamé. Remamos en un río que desemboca allí, probablemente un afluente del Río Chamé, para llenar

nuestra reserva de agua dulce. Los dejamos de nuevo prudentemente, antes que la marea nos hubiera hecho prisioneros para toda la noche y echamos ancla a un buen trecho de la boca del río, fuera de distancia de las balas de tierra.

Con la salida del sol comenzamos de nuevo a navegar con una débil brisa. La costa muestra aquí majestuosas montañas, que muy pronto se retiran al interior de las tierras y dejan entre sí y el mar una banda de playa, baja, en los montículos y colinas, rica en vegetación, aumentando de ancho hacia el Sur. A las 10 de la mañana pasamos la Punta Cocinero. Poco después descubrí una nube negra y angosta que se levantaba en el S.O.: apenas había yo recogido la vela mayor y el foque, cuando un tornado furioso pasó sobre nosotros con una fuerza tan violenta, que casi hundió el bote con el primer golpe. Felizmente el bote tenía bastante movimiento para poder salvarse, pero pronto fue necesario bajar la vela mayor de manera que el bote no fuese presionado demasiado fuertemente. Entonces tratamos con el foque amarrado al fondo de pasar a lo largo de un arrecife, donde el oleaje golpeaba con un ruidaje de trueno. No se pudo hacer porque la turbonada creció, tuvimos que bajar el foque y sin aparejo corrimos con el viento hacia tierra y dejamos caer nuestra ancla y nuestra ancla de reserva —el bote— en 10 brazas de agua, con la esperanza que el "Bylgia" con sus buenas características de bote ballenero podría aguantar el huracán. Así nos mantuvimos unas dos horas con un ancla, con más de 50 brazadas de cuerda afuera y el "Bylgia" flotó como un pato sobre el agua, pero desgraciadamente había ya tanta agua inundando el bote, que la mayor parte de nuestras provisiones y algunas de mis colecciones ya habían sido arruinadas.

Después de una lluvia violenta, como un diluvio, decayó algo la fuerza del huracán y con vela recogida nos dirigimos hacia el mar para alcanzar Pueblo Nuevo, al otro lado de una alta colina, situado cerca de la boca del Río San Carlos. El mar era sin embargo todavía tan alto, que el bote casi tocaba fondo en la vaguada de las olas. Finalmente encontramos la esperada boca del río y bajo la lluvia levantamos nuestra carpa en un lugar plano y libre cerca del río. Tan pronto como las cosas más delicadas fueron llevadas a tierra y colocadas en la carpa, me decidí a subir el río hasta Pueblo Nuevo, para tratar de encontrar allí provisiones para continuar el viaje. El Río San Carlos es bastante estrecho, pero profundo, de manera que 200 metros arriba de su boca se encuentra todavía un buen puerto, incluso para dos goletas pequeñas con cubierta que hacen el servicio de recorrido de la costa en la bahía. En la boca misma había un pequeño muelle y un gran bote de unos 15 metros de largo estaba en astillero, casi listo: había sido enteramente labrado de un tronco de caoba. Un velero de unas 50 toneladas estaba en seco para ser recubierto de cobre. Cuando hube pasado el río en varios puntos, llegué por fin a una planicie rica en palmeras, donde se encontraba Pueblo Nuevo.

Las casas eran solamente chozas de palmas, pero estaban hechas con especial cuidado y la mayoría recubiertas con argamasa de arcilla. Algu-

nas tenían techos de tejas, aunque sin diferenciarse de las otras en estilo. La iglesia era un edificio bastante grande, rectangular, enyesado, con techo de tejas. El techo de la torre, situada en un ángulo y verdaderamente bella, está como el de varias iglesias de Panamá, recubierto de concha nácar. Todo el pueblo tenía un aire de limpieza y orden, que desgraciadamente no es común en estas tierras.

Pueblo Nuevo, a pesar de sus pocos habitantes (1.500) es una comunidad rica y una ciudad con orgulloso ancestro: de hecho, puede pretender a la celebridad por haber derrotado el ataque de uno de los más valientes entre los audaces capitanes piratas. Ahora en 1882 son exactamente 200 años que Hawkins, vencedor en Chepillo, con un grupo escogido de 200 filibusteros avanzó contra la ciudad, pero fue vencido y muerto por sus habitantes, que habían construido una fuerte estacada en un estrecho pasaje en el curso del Río San Carlos.

Más allá del pueblo el río se angosta para volverse un estrecho arroyo, pero con bastante agua. Lo seguí hacia arriba a través de un paisaje bastante pintoresco en muchos trechos, aunque de bajo nivel. Bajas colinas y pequeños vallecillos alternaban con planicies de abundantes palmeras. Pequeños ranchos se encontraban dispersos por aquí y por allá, bastante cerca los unos de los otros. Un ganado grande, bien alimentado, pastaba en los prados y los plantíos de bananos y de ñame, no eran raros.

Después que hube tirado algunos pájaros, que no se encontraban aún en mi colección, entre otros un bello par de urracas blancas y azules (*Cyanocorax pileatus*), volví al pueblo para comprar provisiones. Mi tentativa no tuvo éxito, porque no las había, con excepción de huevos y bananos. Así pues, las perspectivas eran bastante difíciles para nosotros que teníamos un largo viaje por delante. A mi regreso al campamento encontré varias de las notabilidades de la ciudad, que habían venido a hacer su visita. Entre ellos se encontraba un médico italiano, que durante muchos años había vivido aquí, el Dr. Lombardie. Había dejado su tierra durante los disturbios políticos del año 1848 y era el médico del pueblo. De él recibí muchas valiosas informaciones y una particularmente triste, que era enteramente imposible llenar aquí mis necesidades de provisiones, ni en otro lugar más cercano que Panamá.

Durante la noche tuve un fuerte ataque de fiebre, que me mantuvo confinado en mi lecho dentro de la carpa durante tres días; Boström también tuvo un ataque de fiebre, más largo, pero felizmente más leve. Las perspectivas de continuar nuestro viaje a lo largo de la costa hasta Punta Arenas eran así muy sombrías y decidí que tan pronto como pudiese ser llevado a bordo, volver a vela a Panamá. Durante este tiempo tuvimos la visita de un grupo escogido de bellezas de la ciudad, desgraciadamente no pude hacerles los honores, pero dejé que José les preparara un convite con café, donde los "cakes" arruinados por el mar fueron los "pièces de resistance".

Al cuarto día de nuestra llegada a Puerto Nuevo pudimos salir del lugar, poniendo rumbo hacia Panamá: pero yo estaba tan débil, aunque sin fiebre,

que no podía ni siquiera ocuparme del timón, sino que debía permanecer acostado en el fondo del bote.

El viento era del N.O. y débil, por lo tanto no alcanzamos al día siguiente más lejos que Otoque. El mar se alzó y la corriente nos era contraria, por lo tanto decidí echar ancla en un lugar adecuado en la costa Sur de la isla. Pero esto no era cosa fácil, porque la profundidad variaba entre 60 y 80 metros. Finalmente encontramos un buen fondo para echar el ancla a 30 metros de profundidad, cerca de tierra. El oleaje era, sin embargo, muy fuerte para permitirnos desembarcar: por lo tanto, permanecemos en el bote durante la noche y como el mar estaba completamente calmo a la mañana siguiente, pasamos algunas horas explorando la isla. A la salida del sol Otoque era magnífico, con sus altas rudas cimas montañosas y sus estrechos, profundos valles, cubiertos por todas partes por una vegetación verde, variada y lozana. Una marejada poderosa truena contra toda la escarpada playa Sur y sólo después de muchos ensayos infructuosos pudimos desembarcar en la isla, en el lugar Sudeste mismo, aunque con gran dificultad. No era posible penetrar lejos en la isla, porque precipicios a pique cerraban el paso. Mi colección de pájaros aumentó, sin embargo, con varias especies valiosas.

Quando la marea comenzó a subir, dejamos nuestro puerto, antes que el viento se alzase contra nosotros o fuese demasiado débil. Hicimos bordadas durante seis horas, y con la subida de la marea ya habíamos enteramente dejado atrás la punta Noroeste de Otoque. Por lo tanto, echamos ancla de nuevo en la costa Noroeste de la isla. Sobre nuestras cabezas, sobre la playa abrupta, se alzaba un pequeño conjunto de 20 ó 30 casas. Aquí vive la mayor parte de la población de la isla, el resto se encuentra repartido en algunos pocos ranchos en el lado Norte. El número de habitantes es de 100 a 150. Por todas partes la vegetación es lujuriente y en varias partes se veía que los costados escarpados de la montaña estaban cultivados de ñame, maíz y piñas, a pesar que parecía imposible que seres humanos lograran allí cosechas. Otoque muestra un verdadero paisaje alpino, con altas, puntudas montañas, y profundas quebradas. Por ninguna parte se veían trazas de alguna planicie.

Otoque tiene 3.5 Kms. de largo del N.O. al S.E. y menos de tres kilómetros de ancho. Directamente al Sur de la isla, separado por un canal que tiene algo más de 1 kilómetro de largo y del mismo ancho, se encuentra la Isla Bona, larga, de más o menos un kilómetro y del mismo ancho: es tan montañosa e inaccesible como Otoque y asila unas pocas familias. Contiguo a la punta Sureste de Otoque se encuentra un islote de unos 20 a 30 metros de alto, deshabitado, que se llama Ensenada. Tiene la forma de un biscocho alargado. En sus playas se encuentran varias grutas que penetran profundamente en la montaña en formas curiosas.

Quando, un poco más tarde, el viento refrescó y la corriente ya no era tan fuerte, decidí pasar la noche arriba contra la tierra firme, para en la mañana tener la ventaja de la brisa venida de tierra y no necesitar sacri-

ficar un día más cerca de Otoque. Fue una de las navegaciones a vela más osadas del "Bylgia", porque el viento refrescó pronto en tempestad y tuvimos finalmente muy cerca el fondo de arrecifes. Inmediatamente después del crepúsculo echamos ancla bajo el Cerro de Chamé. José había tenido entretanto accesos de fiebre, de manera que el "Bylgia" parecía más bien un hospital que un crucero orgulloso de la Real Sociedad Sueca de Navegación a Vela.

Temprano en la mañana comenzamos a navegar con una débil brisa venida de tierra y a la 1 de la tarde pasamos la Isla de Taboga; finalmente echamos ancla a las 5 de la tarde en Naos. Los sufrimientos del viaje podían ser considerados como terminados y después de haber tomado un marinero sano, nos hicimos al remo hacia Panamá. Allí decidí aplazar mi expedición en bote hasta el fin del período de las lluvias y en su lugar ir hasta Punta Arenas en vapor, para volver a recuperar mis fuerzas en las tierras altas de Costa Rica y quedar libre del veneno insidioso de la fiebre.